



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

"DELIRANTE"

César
Torre



TERROR &



DELIRANTE
César Torre

TERROR

© CESAR TORRE

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero Publicación
semanal Aparece los viernes i.

S. B. N. 84-06-01633-7

Depósito legal: M 40.685
1978

Printed in Spain LITOPRINT,
S. A.

Villafranca del Bierzo. 32
Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

EL coche, un modelo europeo, deportivo, importado a un alto precio, rodaba suavemente por entre las Colinas de Puente, por la carretera del Brea Canyon. La vegetación era impresionante, y la joven que iba junto al conductor del coche, dijo:

—Siempre me sorprende que, a poca distancia de Los Angeles, existan lugares como éste, tan bellos y agrestes.

Era una mujer muy hermosa, con el pelo suelto, que el viento agitaba. No usaba maquillaje alguno, no lo necesitaba para que el verde de sus grandes ojos resultara impresionante.

El hombre que conducía el coche la miró, sonriendo.

—¿Verdad que es bonito? Me considero afortunado por vivir en este lugar... salvo cuando se produce algún incendio en estos cañones. El del año pasado fue terrible. Las llamas llegaron cerca de nuestra casa. Ardieron algunas otras de gentes que conocemos, y tuvimos que estarnos toda la noche de un lado para otro ayudando a los vecinos. Aunque ciertamente, por aquí los vecinos suelen estar a más de media milla de distancia unos de otros.

La sonrisa del hombre era de ese tipo de sonrisas que invitan a la felicidad. Si había una persona que contagiase la alegría de vivir, la simpatía, el bienestar, con su presencia, esta era Nels Marlin, el individuo que conducía el coche europeo. Mirándole, Sonia lo pensaba, y se llenaba de contento, ya que aquel maravilloso y agradable caballero, casi le pertenecía. Iba a pertenecerle por completo muy pronto, antes de que terminase el mes.

—No sabes bien lo afortunado que eres, Nels. Y no sólo por vivir en este paraíso.

—Claro que no. Mi verdadera suerte ha sido conocerte, y conseguir que me quieras, Sonia. ¡Verás como vas a gustar mucho a todos!

—¡Ah, no quería decir eso! Me refería a tu situación personal, tu dinero, ya sé que no le concedes importancia, pero...

—¡Claro que sí! De no ser por el dinero, yo no sería cliente del Banco, y de no haber sido cliente de ese Banco donde tu trabajas como empleada, no te hubiera conocido, y no habiéndote conocido, ¿cómo podría casarme contigo? ¡El dinero es una gran cosa!

Rieron los dos. Nels Marlin tenía poco más de treinta años, y todo en él resultaba natural. Poseía la difícil virtud de la sencillez. Vistiendo ropas muy caras, las vestía sin la menor afectación. Era el heredero de una fortuna acumulada por su abuelo, un comerciante, que había empezado negociando con terrenos

agrícolas y después, en los mismos terrenos, había encontrado petróleo.

—Estoy poniéndome un poco nerviosa, Nels... Quizá hubiera sido mejor dejar para más adelante esto de presentarme a tus padres.

—¿Para más adelante? Eso significaría retrasar nuestra boda. No temas, Sonia, ellos son muy agradables y están deseando conocerte. ¿Por qué crees que me pidieron que te llevase a casa? No se trata de dos engolados personajes que piensen examinarte con lupa. No, no se trata de un examen.

ni de un visto bueno. Nunca, desde que era niño, han pretendido imponerme o prohibirme nada. Somos como amigos.

Sonia palmeó su hombro, murmurando.

—Si son como tú Nels, serán perfectos. ¿Ni siquiera les importa que te cases con una simple empleada sin familia?

—No. Si quieres que te diga toda la verdad, jamás me han preguntado qué es lo que haces, o si tienes familia. Los chicos, que ya te dije que son gemelos, quisieron saber si eres buena jugadora de tenis. Les conté que habías jugado en Forrest Hills, y se pusieron muy contentos.

—¡Qué barbaridad! ¡No he cogido una raqueta en mi vida!

—Bueno, ellos te enseñarán. Son encantadores.

Se trataba de los hermanos de Nels, dos muchachos de doce años. Nels señaló entre los árboles un tejado rojo oscuro, diciendo.

—Aquella es la casa, Sonia. No te ¡imagines nada espectacular. Mi madre odia convivir con gente extraña, y por eso le molesta el servicio. Prefiere una casa más pequeña, y arreglarla ella, con alguna ayuda ocasional. Ya ves que no somos tan pretenciosos. Mi padre limpia cuando es preciso, y los chicos también colaboran en eso.

Sonia había dejado de preocuparse. Conociendo la riqueza de los Marlin, había temido tener que enfrentarse a algo muy ostentoso. La casa era magnífica, en efecto, construida en piedra gris y ladrillo oscuro, con ventanas blancas, pero de proporciones discretas. Tenía ante la fachada un porche con columnas, muy sencillo. Y la rodeaba el jardín, un poco salvaje, con algún rincón japonés. Los setos de plantas olorosas, llegaban hasta la casa, y alguno avanzaba sus ramas cubiertas de flores dentro del porche.

Nels detuvo el vehículo sobre la gravilla. Luego señaló un edificio largo y blanco, explicando:

—Allí guardamos los coches, y los trastos de los niños. Se dedican a la química, arman veleros, construyen aviones, ¡qué sé yo! Y siempre andan de un lado a otro en bicicleta o en patines.

Son un peligro; puedes tropezar con ellos en cualquier lado.

Abrió la portezuela para ayudar a bajar a Sonia. La joven se alisó la ropa, instintivamente, mientras su prometido advertía:

—Cuidado, puedes pisar un patín abandonado por esos diablos, y caer. Mis padres tuvieron una buena ocurrencia, traer gemelos dieciocho años después del primer hijo. ¿No es una vergüenza que un viejo como yo tenga hermanos de doce años?

—Estás encantado con ellos. ¿A que sí?

Nels sonrió.

—Sí, es verdad. Hacen de mí lo que quieren.

Tomándola por un brazo la condujo hacia la casa. En el porche estaban las bicicletas de los niños. Nels tuvo que apartarlas un poco. Luego abrió la puerta con su propia llave.

La casa era por dentro tan encantadora como por fuera. Muebles sólidos y sencillos, moquetas de flores. Sonia advirtió un ligero descuido en la limpieza, algún desorden, pero sin importancia. De alguna parte llegaban voces y músicas.

—Mamá está viendo televisión, debe tratarse de alguno de sus programas favoritos, le gustan mucho las comedias cortas. Ven.

La llevó hacia una salita que debía recibir plenamente el sol de la tarde. Sonia sonreía. Todo parecía feliz en la casa de los Marlin. Nels dijo, en voz alta:

—¡Mamá, papá, ya estamos aquí! ¡Os he traído a la criatura más maravillosa del mundo!

Entraron en la sala. Había muebles tapizados en «chinz» de colores vivos, cortinas alegres. Sonia se detuvo. La señora Marlin estaba al fondo, sentada en una gran butaca, con varias revistas a los pies. En efecto, contemplaba un pequeño aparato de televisión. El padre de Nels, hundido en un diván, con una pipa en la boca, se entretenía con un libro de estampas. Y en cuanto a los niños, los hermanos gemelos, estaban sentados sobre la alfombra, uno tumbado boca abajo, al parecer estudiando un plano de algo. El otro, sentado a su lado, colocaba las alas a un planeador.

Era una escena encantadora y Sonia se sintió conmovida. Muy conmovida. A su lado, Nels sonreía. Al fin, tomándola por un brazo, dijo, suavemente.

—Ven, acércate, saluda a mamá...

Sonia siguió al hombre, llegando hasta donde estaba la señora de la casa, mirando la televisión. Se admiró un poco de que la mujer no volviera la cabeza al oírlos, acercarse. Sin duda su interés por el programa era mucho.

—Mamá... aquí tienes a Sonia. Ya puedes ver que no exageré nada. ¿No es la chica más bonita que has conocido?

Sonia se acercó a la butaca, moviéndose para colocarse ante ella. La señora Marlin, tampoco alzó la cabeza. Ni siquiera agitó las manos. Miraba a la televisión. Cuando Sonia comenzaba de nuevo a sorprenderse, oyó la voz de Nels, una voz extraña, un poco ronca.

—Sonia, mamá te saluda, contéstale, ella dice que eres encantadora, que puedes besarla. Anda, hazlo.

La tocó en la espalda, como para indicar que se inclinara sobre la señora. Sonia, que no había oído nada, obedeció, un tanto confundida. Y miró directamente al rostro de la mujer y lanzó un grito.

La señora Marlin seguía contemplando la pantalla del televisor. Pero no veía nada. Imposible. Estaba muerta. ¡Estaba muerta y muy groseramente embalsamada, de modo que su rostro resultaba horrible, de color oscuro, deformado, con el labio inferior desgarrado y recompuesto con alguna sustancia negra, los ojos ya no tenían pestañas y el pelo era escaso! ¡Era un cadáver colocado firme sobre la butaca, un cuerpo de manos arrugadas, que algún aficionado había embalsamado de un modo muy tosco, y del que se desprendía un fuerte olor a formol!

Sonia se volvió de un salto, mirando a Nels con espanto. El sonreía pero ahora la joven se daba cuenta de que había experimentado un cambio desde que entraron en la casa.

—¡Nels!

El joven la miró con extraña expresión, mientras la sujetaba con fuerza por un brazo, insistiendo, imperioso.

—Besa a mamá. Creo que os vais a llevar muy bien. ¿Verdad que sí, mamá? Sonia vive sola, mamá, y está muy necesitada de afecto. Vamos besa a mamá, Sonia...

La joven cerró los ojos. En la televisión, alguien reía alegremente. Luego se produjo un revuelo de violines. El terrible olor a formol les envolvía y Sonia tenía presente, aún con los ojos cerrados, el horrible rostro de la señora Marlin. La fuerte mano de Nels continuaba presionando sobre ella, obligándola a inclinarse más y más sobre el cadáver.

De pronto Nels lanzó una carcajada, y la soltó, diciendo:

—¡Ven; papá es muy celoso y ya está protestando porque no le hacemos caso!

La hizo girar con cierta violencia y Sonia abrió los ojos, murmurando con esfuerzo.

—Por favor, Nels... ¿es que no te das cuenta...?

Nels la había casi empujado hacia el diván donde el señor Marlin fumaba, mirando su libro de estampas. Vestía una chaqueta de punto muy bonita y usada. Mantenía la cabeza

inclinada sobre el libro, y no la movió cuando Sonia se acercaba, ni tampoco cuando Nels le tocó suavemente en un hombro.

—Papá, aquí tienes a mi prometida. ¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?

Sonia, temblando aún, miró al hombre. Primero pudo ver la parte superior de la cabeza, luego la frente, los ojos. ¡Estaba muerto también, era otro cadáver embalsamado, y aún peor conservado que el de la mujer. Tenía en el rostro grandes manchas pálidas, y el resto parecía pergamino. En cuanto a las manos que parecían sujetar el libro eran garras con uñas descarnadas que amenazaban desprenderse de un momento a otro.

¡Y Nels hablaba con el señor Marlin, contestaba a imaginarias preguntas del cadáver!

—¡Claro que viviremos aquí, papá, nunca hemos pensado en dejaros. Sonia opina que la casa es preciosa, lo pasaremos muy bien todos juntos! En adelante los chicos van a tener siempre con quién jugar. ¿No es verdad, Sonia? Bueno, tú eres poco mayor que ellos, ven, míralos, son traviesos pero buenos, en el fondo. Tendrás que enseñarlos a que no dejen sus juguetes tirados por todos lados, a nosotros no nos hacen ningún caso, ya sabes, exceso de mimos. Ven...

Sonia se tambaleaba, pero se dejaba llevar, porque el dulce y amable Nels Marlin tenía unas manos de hierro, y hundía los dedos en sus brazos con fuerza, moviéndola como quería. Estaba enloquecida de horror.

Los niños. Su inmovilidad era absoluta. Parecían la fotografía de dos niños jugando, una fotografía que les había captado, al uno colocando un ala en su planeador, al otro siguiendo con un dedo las líneas de un plano. Sonia escuchaba a Nels, que hablaba con ellos, y al tiempo oía el insoportable parloteo de la televisión, en el cual dos actores interpretaban cansinamente un diálogo de amor escrito por un imbécil.

—Muchachos, se ha terminado vuestro poder, en adelante Sonia va a ordenaros lo que debéis hacer. Tendréis que vestir como personas civilizadas y no como dos golfillos. Y nada de dejar vuestras cosas por todos lados. Pero miradla. ¿A qué os va a ser fácil obedecer a una muchacha tan bella?

Los niños habían sido el peor trabajo del embalsamador. Estaban muy arrugados. Sus rostros, que debían haber sido agradables, parecían ahora los de dos malignos gnomos de un cuento, con caras de viejos, retorcidas, los labios replegados, mostrando dientes menudos, casi de roedor. Sonia gritó al fin, incapaz de resistir más.

—¡Nels! ¡Nels, ellos están muertos, están todos muertos, son cadáveres! ¿Es que no lo ves? ¡No pueden hablarte porque están muertos!

Nels palideció, y sus ojos enrojecieron mientras sus manos zarandeaban a la joven con violencia. Al tiempo gritó, con voz destemplada, casi femenina.

—¿Qué dices? ¿Es que no has oído las amables palabras que te han dedicado? ¿Qué tontería es esa de que están muertos? ¡Son mis padres y mis hermanos, y no están muertos! ¿Acaso no ves cómo te sonríen?

Sonia quería soltarse de él, escapar de allí. Pero todo lo que hacía era gritar histéricamente.

—¡Están muertos. Nels, es inútil, están muertos y embalsamados, todo esto es una locura!

Nels la sacudía brutalmente, rojo de ira, los ojos desorbitados.

—¡No! No es verdad, aquello fue sólo una falsa alarma, lo sé muy bien, no les mató el escape del gas cuando estaban aquí, en esta sala, eso es falso, estaban sólo dormidos, y yo logré despertarlos, pude llegar a tiempo, entérate, llegué a tiempo, eres una malvada diciendo todo eso, sin duda tratas de herirme y de ofenderles a ellos, que te han recibido con tanto cariño. ¡Están muy felices, se encuentran perfectamente, y tú no tienes derecho a decir esas cosas! ¡Mamá, no escuches a Sonia, no sabe lo que habla!

Sonia pudo desasirse y dar unos pasos hacia la puerta. Ahora sus gritos eran de horror, incontrolados, como de animal perseguido. Nels estaba descompuesto, furioso, indignado y herido. La llamó con rabia.

—¡Sonia! ¡Ven aquí! ¡Quiero que te disculpes con mi familia! ¡Mamá está llorando!

Sonia llegó a la puerta de la alegre sala. La comedia de la televisión había terminado y estaban anunciando unos viajes a lejanos lugares de ensueño. Nels saltó hacia la muchacha, aterrándola por el cuello, brutalmente.

Ahora chillaba más, era otro Nels, incluso distinto del que sostenía imaginarias conversaciones con cuatro cadáveres empapados de formol. En aquellos momentos había en él algo de femenino, algo en verdad monstruoso, como si varias personalidades se mezclasen y luchasen entre sí, dentro de su propio cuerpo.

—¡Imbécil, creí que eras la mujer ideal, pero eres sólo una estúpida, indigna de pertenecer a mi familia!

Al lanzarla con fuerza hacia la pared, Sonia se golpeó contra una vitrina, y la puerta se partió con mucho ruido. Una de las

aristas del vidrio atravesó el vestido, hiriendo a la muchacha en el brazo, profundamente. Pronto la sangre saltaba con violencia salpicando la vitrina.

Sonia ni lo había advertido. Sólo veía el rostro descompuesto de Nels, el alucinante cuadro de la quieta familia al fondo. Oía sus propios gritos, las voces de la televisión, donde alguien cantaba. En cambio Nels, sí vio la sangre y la furia que le dominaba se hizo aún más intensa.

Sus manos aferraron a la mujer y de un modo deliberado la empujaron sobre el grueso vidrio cortante. El cuello de Sonia rozó el borde, y de nuevo la sangre apareció. La joven no podía defenderse, carecía de fuerzas para oponerse a aquel energúmeno y carecía también de decisión.

—¡Tendrás que pedirles perdón, a los cuatro, sí, tendrás que disculparte, no sabes lo que dices, estás loca, maldita idiota, estás loca!

Sonia se había desmayado, y Nels, por momentos más furioso, la alzó del suelo, golpeándola otra vez contra la gran puerta de vidrio, que se rompía más y más, hundiéndose en el cuerpo de la joven. La sangre saltaba con fuerza y materialmente cubría el cuerpo de Sonia, y el interior de la vitrina, y el suelo, bajo ella...

Hubo un estallido y el resto de la gran vidriera se hizo pedazos. Al fin el cuerpo de Sonia quedó clavado en los trozos que quedaban sujetos al marco, agudos como cuchillos. Cuando Nels se apartó, mirando a la joven con indiferencia, ella se estaba desangrando por varias heridas, entre estremecimientos.

El hombre retrocedió, siempre mirándola con extraña fijeza. Luego murmuró.

—Nunca me han gustado las personas que mienten, ¿sabes?

La sangre se extendía por el suelo, brillaba escandalosamente en las paredes, a chafarrinones. Nels dio media vuelta, y su rostro se iluminó con una risa mientras se acercaba a «su familia». Amable y tierno, inquirió:

—¿Es posible que te gusten esos cantantes, mamá? ¡Ah, sabía que no! ¿Quieres que apague el aparato? Bien, así podremos hablar...

Pulsó el botón del televisor y se hizo el silencio. Sus manos estaban manchadas de sangre, pero él no parecía advertirlo. Se sentó en el diván, junto al cadáver de su padre, que se inclinó un poco más. El libro que tenía sobre las rodillas cayó al suelo, y Nels lo recogió, volviendo a colocarlo en el mismo lugar.

—Te interesa ¿verdad? En el libro del mes anuncian algo sobre viajes que debe ser muy ameno. ¡Ah, mamá, diles algo a los niños! Dejan las bicicletas en cualquier parte. Pero lo peor son los

patines. Un día va a matarse cualquiera al pisarlos. ¡Bob! ¡Haz el favor de escuchar, tú eres el más descuidado!

Bob, lo que quedaba de Bob, continuaba tendido indiferentemente, sobre su plano. Ahora que había cesado el ruido de la televisión, se oía el gotear de la sangre de Sonia. Luego pudo escucharse un jadeo, un estertor y después se hizo un silencio absoluto.

Nels, recostado en el diván, sonreía con placidez.

CAPITULO 2

UNA pequeña furgoneta rodeó la casa, deteniéndose ante la puerta posterior, que tenía un pequeño porche, y una antepuerta de malla.

Del vehículo bajó un hombre, cargado con una gran bolsa de papel que le ocupaba ambas manos. Dejando abierta la portezuela llegó hasta la casa, y con el pie empujó la primera puerta. Luego llamó, a gritos:

—¡Señora Marlin!

Una voz aguda contestó desde el interior de la casa.

—¡Está abierto, Kent!

El hombre empujó la segunda puerta, que se abría hacia el interior, penetrando en una gran cocina, en el centro de la cual había una mesa redonda. Puso sobre ella la bolsa, suspirando aliviado.

—Lo de siempre, señora Marlin —dijo—. ¿Quiere algo especial para la próxima semana?

Miraba hacia un corredor, al fondo del cual se movía una mujer, que acababa de poner en marcha un aspirador.

—¡No, gracias, Kent!

—¿Qué?

—¡Está bien, Kent, hasta la próxima semana!

El hombre salió de la cocina, cerrando las dos puertas, mientras mascullaba.

—Esta señora tiene la manía de hablar con el aspirador en marcha. Cada día está más rara.

Subió al vehículo y se fue.

En la casa, la mujer había dejado el aspirador funcionando para penetrar en la cocina. Tras lanzar una mirada de disgusto a la gran bolsa de comida, la alzó, dirigiéndose con ella hacia un armario frigorífico. Pronto la metió dentro, sin molestarse en vaciarla. El frigorífico era inmenso y estaba repleto de cosas, incluso de bolsas como la que acababa de guardar.

Luego, la mujer cerró la puerta de la calle, con dos cerrojos, y recostándose en la mesa, dijo, a media voz, con el mismo tono agudo y desagradable.

—Tengo que seguir limpiando, esta casa es demasiado grande para una mujer sola. Tendré que decirle a Nels que me busque ayuda, una persona que esté aquí todo el día. Después de todo, podemos pagarla.

Vestía una larga bata. Estuvo unos instantes pensando. Después volvió a donde dejara el aspirador y al moverlo su rubia melena se desplazó a un lado, haciendo más grotesco su aspecto. Hizo un gesto de disgusto, colocando la peluca en su sitio. Porque no se trataba

realmente de una mujer, sino del propio Nels Marlin, sufriendo una terrible metamorfosis. Tenía los labios groseramente pintados y los fruncía con gesto caprichoso. Protestaba del trabajo con aquel tono de voz agudo y crispado. Parecía una voz de mujer distorsionada por una mala grabación.

Se alejó por un corredor, arrastrando la aspiradora, que zumbaba como protestando. Luego la apagó, cuando el cable llegaba a su límite y cogiendo un trapo estuvo sacudiendo el polvo de los muebles. Atravesó el vestíbulo entrando en la sala y se detuvo a la entrada, mirándolo todo con disgusto.

No parecía ver el cadáver de la señora Marlin, ya que él mismo había ocupado su lugar. Pero empezó a hablar con su padre, siempre con la pipa entre los labios resecos, el libro sobre las piernas.

—Han traído los víveres. ¿Sabes que ese hombre del supermercado está más grosero cada vez? Entra siempre gritando, como si yo estuviera sorda. Tendrás que decirle algo, Max. O mejor, le pediré a Nels que hable con él, porque tú eres muy débil. Que hable Nels con él cuando le lleve el cheque. Además, necesito ayuda para ordenar la casa, estoy cambiando de opinión, querido, me gustaría tener aquí una mujer buena y trabajadora.

Pasó el trapo por una mesa y al volverse, frunció el entrecejo.

Estaba viendo a Sonia, completamente blanca, con los ojos muy abiertos, clavada en los cuchillos de vidrio, cubierta por entero de sangre ya oscura, tan oscura como la que embadurnaba espantosamente paredes y suelo. La joven aparecía recostada sobre unas baldas, en un extremo de las cuales se amontonaban los restos de algunas porcelanas que se habían destrozado.

El hombre disfrazado de mujer lanzó un grito agudo, exclamando:

—¡Max! ¡Aquí hay una mujer, está muerta! No lo entiendo, jamás la he visto, es otra de las cosas que me trastornan, que no comprendo! ¡Te repito que es una mujer muerta! ¿Qué hace en esta casa? ¡Explícamelo!

Empezó a moverse nerviosamente, y a sollozar de un modo patético, entre ahogados gritos. Al fin se detuvo ante el cadáver del señor de la casa, exigiendo.

—¡Hazte cargo de ella, Max! ¡No quiero verla! ¡Ahora mismo ocúpate de todo!

Echó a correr, saliendo de la estancia. Se escucharon sus pasos sobre la escalera, luego golpes de puertas. En la sala los cuatro cadáveres empapados de formol continuaban su lento deterioro. Quince minutos más tarde, un sujeto alto, vistiendo una vieja chaqueta, con una pipa entre los labios, entraba en la sala.

Por su ropa, por el gesto, recordaba al hombre sentado en el diván. Era de nuevo Nels Marlin, que ahora había adoptado la personalidad de su padre, y hablaba con una voz ronca, que debía parecerse a la que el señor Marlin había tenido en vida.

—No te preocupes, querida; es indudable que pretendieron robar nuestras porcelanas. Ha debido ocurrir esta noche. Habría que avisar a la policía, pero no quiero nada con la policía, no la necesitamos. Después de todo, esa mujer está muerta, y si desaparece nos evitaremos molestias. Recuerda la noche aquella del gas. Nels tuvo el acierto de no avisar a nadie, él solo se ocupó de ayudarnos y no pasó nada. Si Nels hubiera dado cuenta de lo sucedido, habrían estado mareándonos con técnicos y cosas así, obligándonos a mover media casa para buscar la fuga. ¡Bah! Un simple escape, y ese propano que nos ponen en el tanque, que a veces tiene demasiada fuerza.

Enérgico, sujetó el cuerpo de Sonia. La bella muchacha había perdido hasta la última gota de su sangre. Para desprenderla de los vidrios, tuvo que desgarrar más la carne, pero ya no sangraba. Puso el cuerpo en el suelo, y con cuidado quitó todos los cristales que quedaban encajados en el marco de la puerta. Los tiró al fondo y después alzó el cadáver, echándolo sobre su espalda.

Esta vez sus pasos se alejaron en otra dirección. Se abrió una puerta, y más tarde resonaron lejanos golpes, dados con sordina. Sonaron durante mucho tiempo. Estaba enterrando el cadáver de Sonia en el sótano de la casa.

Al fin cesó todo el ruido y quien regresó más tarde, bastante más tarde fue Nels vestido con ropa de calle, cuidadosamente afeitado. Un Nels despojado de pinturas y disfraces, pero con el rostro crispado, los ojos sombríos. Su voz se escuchaba firme.

—Os dejo; voy al centro, debo ver a alguien para ese asunto de los impuestos. Mamá, ¿quieres que te encienda la televisión? No te molestes, yo lo haré.

Pulsó el botón. Luego sonrió a su padre, con una sonrisa un tanto forzada y al pasar junto a los dos niños, tocó suavemente la cabeza del que estaba sentado en el suelo.

—Bob, a ver cuándo acabas ese avión, tengo ganas de verlo volar. ¿Queréis que os traiga algo? ¿Sí, mamá? ¿Tus revistas, dices? No lo olvidaré. Adiós a todos. Recordad que no vendré a comer.

Pasó junto a la destrozada vitrina y las manchas de sangre. La del suelo se habían extendido sobre la alfombra. Hizo un gesto de disgusto.

—Mamá, cuando tengas tiempo limpia esto... ¿Qué dices? ¿Que quieres una criada? ¡Ya era hora, siempre te lo he dicho, tú no

puedes con tanto trabajo! Me ocuparé de ello. ¡Adiós!

Cruzó el vestíbulo, saliendo al jardín. Hacía mucho sol. Al descender del porche, Nels Marlin fue poco a poco cambiando la expresión de su rostro, sus ojos adquirieron un brillo alegre, desapareció la crispación de su boca y recuperó su aspecto juvenil, bondadoso. Aquel era el Nels Marlin que había cautivado a la empleada del Banco.

Abrió su lujoso coche. Precisamente estaba pensando en Sonia. Podía pasar por el Banco. Necesitaba verla. Era preciso, tenía que convencerla para que viniera a conocer a sus padres, y también a los niños.

Miró la hermosa casa, resplandeciente bajo el sol.

—Ella será muy feliz aquí, con nosotros —murmuró—, ¿No se lo dije ayer precisamente? A veces se me olvidan las cosas, no consigo recordar, había pensado traerla ayer, sí, pero es lo mismo. ¡Se lo diré hoy!

Puso el coche en marcha haciéndole saltar sobre la grava al pisar a fondo el acelerador. La máquina era magnífica, y Nels disfrutaba conduciendo. El suave ronroneo del motor se apagó tras de los árboles.

* * *

La calma era casi paradisíaca en torno a la bella residencia de los Marlin. Del interior brotaba una suave música. En alguna parte del país una gran orquesta interpretaba a Mozart, y la televisión lo difundía.

Habían transcurrido varias horas desde la marcha de Nels. Empezaba la tarde cuando un coche llegó hasta la casa. Un coche negro y vulgar, que se detuvo con frenazo seco.

De él descendió un hombre de traje gris y aspecto inofensivo, que llevaba en la mano una pequeña cartera. El hombre hizo un gesto de admiración ante el edificio, y después, estirándose la americana, llegó hasta la puerta, pulsando el llamador.

Tras escuchar un lejano acorde de campanas, esperó. Un minuto después volvía a llamar, y a esperar de nuevo. El hombre puso mala cara.

—No tendría gracia que no hubiera nadie aquí, esto está demasiado lejos para volver otro día.

No le abrían. Estuvo escuchando un instante, atentamente.

—Pues hay alguien dentro, se oye música y voces, debe ser un televisor. ¿Qué les pasa, que no salen?

Como era un hombre acostumbrado, por su cargo, a ser atendido con respeto, volvió a llamar, con insistencia.

—No creo que hayan dejado encendido ese chisme, abandonándolo

a su suerte. ¡Qué extraño!

Se apartó de la puerta empezando a caminar por el porche. Tuvo que esquivar las dos bicicletas. Luego llegó ante un ventanal que estaba cubierto por una cortina. El siguiente también lo estaba pero quedaba un resquicio y mirando por entre las cortinas pudo descubrir a una mujer, sentada en una butaca, muy quieta, de espaldas. Sólo veía parte de sus hombros, y la cabeza. Al fondo parpadeaban los colores de un televisor.

El hombre golpeó en el cristal, llamando al tiempo.

—¡Señora! ¡Haga el favor de abrir! ¿No me oye? ¡Señora!

La mujer no se movía. El hombre repitió las llamadas y luego, de mal humor, regresó a la puerta y puso el pulgar sobre el pulsador, manteniéndolo allí largo rato.

—¡Es inútil! ¡Esa mujer debe estar sorda! Pero en ese caso no escucharía el sonido del televisor. ¡Bah!, seguramente está sola en casa y le han advertido que no abra a nadie. Viviendo en un sitio tan aislado... Al menos podría hablarme a través de la puerta...

Desistió al fin, y volvió a mirar por la ventana. La mujer no se había movido.

—Bien, esperaré, sé que son varios en la familia, y no voy a desistir ni a volver mañana. Eso ni pensarlo.

Regresó a su coche, y se puso cómodo en el asiento, bajando el cristal de la ventanilla. Era un hombre paciente, capaz de esperar. Leyó un periódico, escuchó un poco la radio, dormitó un rato, luego bajó del coche para dar un paseo, y volvió a sentarse.

Y al fin oyó acercarse un vehículo, lo vio detenerse al otro lado de la explanada. De él bajó su conductor, un joven alto, de muy buena facha. El joven se le quedó mirando y tras sonreír amablemente, se acercó, preguntando:

—¿Espera usted a alguien?

El desconocido también descendió de su coche, presentándose.

—Soy Lewis Ronald, del Departamento de Educación. Precisando más, inspector del Departamento de Educación. ¿Pertenece usted a la familia Marlin?

—Soy el hijo mayor. ¿En qué puedo servirle?

El hombre mostró su cartera, diciendo.

—Se ha presentado una denuncia contra los niños Robert y Richard Marlin, supongo que serán sus hermanos.

—¿Una denuncia? ¿Acaso han hecho alguna travesura?

—Sus hermanos, señor Marlin, no asisten a clase desde hace varios meses. Por lo visto en el Colegio han tratado de hablarles por teléfono, han escrito cartas a su padre, y no han recibido contestación, por lo que el asunto ha pasado a la inspección. Usted sabe que esto es un delito, señor Marlin.

Nels enrojeció.

—¡Pero... eso no es posible! Mi madre los lleva todos los días en el coche, ella aprendió a conducir sólo para eso, los lleva y vuelve a buscarles, todos los días, señor Ronald, allí está el coche, aquella ranchera que se ve en el garaje. Tiene que tratarse de un error. Habrán faltado algún día por encontrarse mal, son gemelos y se ponen enfermos al mismo tiempo.

—Lo siento. Según mis papeles, hace meses que faltan. Es posible que usted lo ignore, sin duda marchará a la ciudad de mañana, no lo sé, pero los niños no han ido a clase. Y es preciso que hable con sus padres para conocer el motivo, antes de presentar la denuncia a las autoridades de Educación. ¿Es que los niños tienen mala salud?

—¿Bob y Dick? ¡Pero si no paran de correr y saltar! No lo comprendo. A menos que nos estén engañando y se escapan cuando mamá los deja ante la escuela... No, no es posible, ellos son traviesos pero dóciles, tiene que tratarse de un error.

El señor Ronald sonreía a Nels, con simpatía. ¿Quién no iba a mostrarse agradable con un joven tan encantador, tan abierto y distinguido?

—Me gustaría que lo fuese. ¿Me permite...? Sé que su madre está en casa, me he atrevido a mirar por una ventana.

—¿Y no le ha abierto? Sin duda tendría muy alto el sonido, es una fanática de la televisión. Tengo que cambiar el llamador, este no es demasiado potente. Venga, por favor...

Había abierto la puerta, usando su propia llave. Sonreía igual que un muchacho cuando encendió la luz del vestíbulo, puesto que ya atardecía. Mas inmediatamente de penetrar en la casa, el rostro de Nels se transformó, se endureció, sus ojos se enturbiaron, haciéndose más opacos, la sonrisa se hizo torva, todo él se convirtió en algo inquietante, siniestro, pero el señor Ronald no advirtió nada, porque estaba admirando la casa.

—¡Mamá! ¿Cómo es que no has oído que llamaban? —dijo Nels—. Tenemos una visita. Pase, señor...

—Ronald. Gracias...

Tomándole suavemente por un brazo. Nels introdujo al inspector en la sala. Penetraba luz por las ventanas del Oeste, que tenían descorridas las cortinas. La televisión estaba encendida.

—Mamá, papá, es preciso aclarar algo. ¡Ah, bien, aquí están los gemelos, jugando, como siempre! Son muy aficionados al aereomodelismo. Escucha, mamá. Este señor es inspector de enseñanza, y asegura que los niños...

Ronald se había quedado inmóvil, contemplando una gran vitrina destrozada, en torno a la cual, en paredes y suelo e incluso en el

techo, se veían enormes manchas de color rojo oscuro. Se estremeció, mirando los trozos de vidrio manchados igualmente de rojo.

—Pero... Eso parece sangre... —murmuró.

Nels lanzó una mirada distraída a la vitrina, y parpadeó antes de hablar.

—Sonia no estaba en el Banco, dicen que no ha acudido a trabajar, es muy raro.

—¿Qué dice usted? —preguntó Ronald.

—Nada, venga, dígame a mamá lo que sucede, ella es la encargada de los gemelos.

—¿Qué les pasa a los niños? Están inmóviles, no se mueven, señor Marlin. ¡Están completamente inmóviles! ¿Se trata de algún juego?

La voz de Ronald sonaba insegura. Nels le miró con extrañeza.

—Están con sus cosas. No veo qué le sorprende.

Ronald se acercó a los pequeños, y al ver de cerca sus rostros, sobre todo del que permanecía sentado, sujetando el ala de un avión, lanzó una especie de gemido.

—¡Dios mío! ¡Esta criatura está muerta, es un... Es un cadáver, está muerto! ¿Qué clase de macabra broma es todo esto?

Nels le miró con furia, rugiendo, fuera de sí.

—¡No sabe lo que dice, usted es un falsario, empezó mintiendo, sepa que los niños van todos los días a clase! ¡Venga, mi madre se lo confirmará! ¡Y no emplee esos términos, podría asustarla!

Le empujó al tiempo con tanta violencia, que el inspector cayó de rodillas sobre la alfombra, cerca de la butaca. Al erguirse, se encontró ante la señora Marlin, que miraba atentamente la televisión. Pudo ver su rostro deformado, casi momificado, y percibió el olor que se desprendía de ella. Entonces, poniéndose en pie, de un salto, el inspector gritó.

—¡Está loco, conservar aquí cadáveres, esto es una locura y un delito, por eso no iban los niños a clase, están muertos, y quizá usted mismo los haya matado!

Nels se abalanzó sobre él, con el rostro deformado por la rabia, por la furia más siniestra. Aunque Lewis Ronald era un hombre fuerte, no pudo resistir el empuje de Nels Marlin que lo lanzó de espaldas sobre otro diván.

Inmediatamente, cogió uno de los cojines, y lo puso sobre la cara de Ronald, mientras con la rodilla derecha oprimía fuertemente el pecho del infeliz inspector. Al mismo tiempo, apretaba con ambas manos el cojín, obstruyendo la boca y la nariz de su víctima.

Los ojos de Ronald habían quedado libres, y estaban muy

abiertos, espantados, mirando a Nels, que sufría un arrebató de terrible y violenta locura.

Quiso apartarle, jadeando, pero Nels parecía de acero. Aquella rodilla hundida en su pecho le mantenía quieto, el cojín le estaba ahogando.

La mano derecha de Lewis Ronald pudo moverse, introducirse entre su ropa. Tenía una pequeña pistola en el cinturón. Llegó incluso a cogerla, a sacarla de la funda.

Sus ojos se abrían más y más, mientras el cuerpo se agitaba y los pulmones parecían estallar. Nels se había inclinado sobre él, miraba furioso aquellos ojos aterrorizados, murmurando insultos y amenazas.

Ronald movió el seguro del arma. Pero se trataba de una pistola automática y no tenía bala en la recámara. No podía mover el cerrojo con una sola mano.

Completamente aturdido, apretó el gatillo, apoyando el cañón en el cuerpo de Nels. Naturalmente, no se produjo disparo alguno. Luego Ronald soltó el arma, que quedó sobre el diván, y tras emitir un rugido que pudo oírse a través de la gruesa mordaza, sus ojos se inmovilizaron. Al fin, las manos aferradas a Nels, se soltaron también lentamente.

Nels se levantó, mirando extrañamente al desdichado inspector. Le estuvo mirando largo tiempo. Después dijo, con voz tranquila.

—Papá... habrá que llevarle al sótano. Tú no te preocupes, mamá, no te asustes, estamos ahora rodeados de perversos enemigos que tratan de perjudicarnos, pero nada conseguirán.

Nadie contestaba. Una voz alegre, en la televisión, animaba a consumir una determinada conserva. Nels suspiró, con fuerza.

CAPITULO 3

HABIA vuelto de nuevo al Banco en el que trabajaba Sonia, para oír una y otra vez la contestación de siempre:

—La señorita ha desaparecido, no ha vuelto por la oficina. En el departamento donde vivía están todas sus cosas, hemos podido saber que pensaba casarse, pero ni siquiera cobró su liquidación aquí. Ya hemos dado cuenta al Departamento de Personas Desaparecidas, señor Marlin.

Nels no dijo que él era el hombre con el que Sonia iba a casarse. A cambio de su reserva, en el Banco no le contaron tampoco que por si se trataba de un delito, habían revisado a fondo las cuentas y libros que la joven manejaba sin encontrar ningún desfalco.

Realmente no comprendía lo que había ocurrido con la desaparición de Sonia. Rodando por la ciudad en su coche, Nels

no recordaba absolutamente nada de lo que sucedía en su casa de Brea Canyon. Es decir, no recordaba lo que sucedía en aquellos determinados momentos de crisis. Ahora en cambio sí recordaba muy bien que estaba citado en una Agencia de colocaciones, a la que había llamado para buscar una mujer que quisiera trabajar en su casa, y de la cual le habían avisado.

Sacó de la guantera del coche la tarjeta en la que constaba la dirección de la agencia, y un pequeño plano. En Los Angeles, con su espantosa extensión, las colinas, y las decenas de centros urbanos que se mezclan con descampados y zonas fabriles, aquellos pequeños planos eran muy necesarios.

La Agencia estaba en una barraca, entre una gasolinera y una zona de «caravanas» con ropa colgada al sol entre vehículo y vehículo, y un aspecto casi mediterráneo. Nels se detuvo en el aparcamiento y penetró en la Agencia. Le atendió una señorita que sonrió al verle.

—Tengo una tarjeta de ustedes. Soy Nels Marlin —dijo el hombre.

La joven, tras tomar la tarjeta, asintió un poco sofocada.

—Sí. Le hemos arreglado una entrevista. Hay una señora que en principio se interesa por su oferta. Le está esperando. ¿Quiere pasar por aquí?

Condujo a Nels a una miserable sala, en la cual esperaba una mujer de unos cuarenta años, alta y fuerte, con el pelo recogido en la nuca. Estaba con un traje de chaqueta. La mujer se levantó, examinando a Nels con atención de profesional. Su gesto era duro y ni siquiera se molestó en sonreír.

—Me llamo Marta —dijo—. Usted debe ser el señor Marlin. Hubiera preferido hablar con la señora. ¿Es muy grande su casa?

Nels le dedicó todo su encanto, aunque la señora no lo mereciera.

—¡No no es demasiado grande!

—Pero ustedes son cinco de familia. Tampoco será una cabaña. Me han dicho que la señora es muy activa, que sólo se necesita una ayuda.

—Eso es. Y creo que bien pagada.

Marta hizo un gesto de indiferencia, pero en sus ojos, pequeños y vivaces, se encendió una lucecita de codicia. En efecto, Nels había señalado en la ficha un sueldo muy alto.

—Eso depende. Todo es relativo, joven. En cualquier caso, primero tendré que ver la casa y hablar con su madre. Es su madre quién gobierna la casa, ¿no?

—Sí. Puedo llevarla ahora mismo, Marta.

La empleada, que escuchaba, les hizo firmar un papel que

garantizaba a la Agencia el cobro de su comisión. Una vez fuera del edificio, Marta no aceptó subir al coche de Nels.

—Iré en el mío, le seguiré, así no tendrá usted que traerme luego a la ciudad.

—Muy bien.

Desde el exterior, Marta dijo que la casa era enorme, inmensa, un verdadero palacio. También dijo que aquello estaba muy lejos, y que necesitaría casi una hora para ir y volver a Los Angeles. En cuanto a quedarse a dormir allí resultaba imposible, ella estaba casada, no podía dejar solo a su marido.

Indudablemente, trataba de obtener más dinero, pero luego, al entrar ya parecía decidida a dejarlo.

—¡Demasiados muebles por todos sitios! No creo que pueda aceptar, señor Marlin. Por supuesto, ya que estoy aquí, hablaré con su madre.

—Claro. Venga, ellos están en la sala.

No se oía el televisor. Nels entró alegremente, diciendo.

—¡Hola a todos! ¡Mamá, aquí tienes a una persona que te gustará conocer. Se llama Marta y viene para ayudarte a cuidar de la casa!

Marta había mirado con disgusto la sala, y con verdadero recelo a los niños. Luego viendo a la madre de Nels en su butaca, se dirigió hacia ella con decisión, diciendo:

—Señora Marlin... no creo que podamos llegar a un acuerdo, porque...

Se detuvo. Había observado de soslayo a los niños, que le disgustaban en general. Al detenerse volvió la cabeza bruscamente para mirarlos de nuevo con mayor atención. ¡Acababa de advertir su completa inmovilidad!

—Dile a Marta que el trabajo no es tanto, mamá, y que no somos exigentes. Por favor, Marta, acérquese a mi madre.

Marta parecía envarada, sus ojos se mantenían muy abiertos. Lentamente miró al señor Marlin, sentado en el diván. Marta no decía nada. Nels la tocó en un brazo y ella, muy despacio, se acercó a la butaca donde estaba la señora Marlin.

La contempló con estupor. A su espalda, Nels continuaba hablando con su madre. Marta temblaba, pero seguía sin decir nada. Sus ojillos, ahora, se habían achicado, y parpadeaban deprisa. Miró a Nels, fijamente, mientras el joven le explicaba algo al cadáver de la butaca.

—Ya le he dicho que tú lo haces todo, y que una parte de la casa, la que no se usa, la tenemos cerrada. ¿Verdad, mamá, que el trabajo es sencillo?

Siguió un silencio. Nels escuchaba, como si su madre estuviera

hablando. Marta, apretadas las manos, se mordía los labios. Nels dijo:

—¿Lo ve Marta? Mamá dice que esto sólo le ocupará tres o cuatro horas. Además, se acompañarán mucho. Por mi parte, estoy seguro de que van a llevarse muy bien. Mamá desea le pregunte qué opinión le merecemos nosotros.

Marta hizo un esfuerzo. Miraba el cadáver de la mujer, el espantoso cadáver lamentablemente embalsamado, que parecía a punto de empezar a desmoronarse. Percibía su desagradable olor.

Estuvo quieta y silenciosa unos momentos. Tras de ella. Nels sonreía, apremiando.

—Vamos, Marta, no sea usted tan tímida. ¿O es que acaso le desagrada mi madre?

Marta carraspeó, diciendo, en voz baja:

—Nada de eso. Al contrario. Ella me parece... encantadora, señor. Y los niños... tan tranquilos... tan silenciosos...

Nels rió, satisfecho.

—¡Magnífico! ¿Cuándo puede empezar?

—Ma... mañana mismo, señor. Vendré mañana.

Nels la cogió por un brazo, llevándola hacia la puerta. Al pasar junto a la vitrina destrozada, Marta se estremeció, mirando las manchas enormes que continuaban en la pared y en el suelo. Era sangre, sin duda. Tampoco dijo nada. Nels, muy amable siempre, la llevó hasta el coche, y Marta, tras despedirse con voz entrecortada, cerró la portezuela y puso el vehículo en marcha. Al alejarse, por el espejo retrovisor veía a Nels Marlin, en pie ante la bella casa, sonriendo feliz.

La mujer suspiró con fuerza. Luego, al dejar de ver la casa, detuvo el coche, apoyándose en el volante. Marta Hanson, de origen sueco, jamás se había asustado, pero en aquella ocasión temblaba, y tuvo que apretar las manos sobre el volante para recuperar el dominio de sí.

—¡Todos están muertos, son cuatro cadáveres horribles, conservados de algún modo! ¡Y aquella sangre en la sala! ¡Ese joven... debe estar completamente loco, hablaba con ellos, parecía no advertir que son cuatro difuntos!

La mujer fue calmándose poco a poco. Al fin volvió a poner en marcha el coche, y mientras conducía, con los labios muy apretados, pensaba en su extraña aventura.

Marta vivía en la parte alta de un apestoso gimnasio, porque su marido trabajaba en él como vigilante. Había una escalera que llevaba directamente a su vivienda. Cuando estuvo en ella, abrió una ventana, llamando a voces a su marido.

—¡Emory! ¡Sube ahora mismo! ¡Date prisa!

Cerró la ventana, y quitándose la chaqueta se fue a buscar una botella de ginebra que tenía en la cocina, bebiendo de ella directamente, sin molestarse en buscar un vaso. Estaba aún bebiendo cuando apareció Emory, un individuo sudoroso, eternamente sudoroso, vistiendo una camiseta muy resobada, con el anuncio del gimnasio.

—¿Ya vuelves a beber? —gruñó—, ¿Qué haces aquí? ¿No habías encontrado una buena casa, donde trabajar?

Marta le miró con rabia.

—¡Cállate! Y a ver si por una vez eres capaz de escuchar con atención.

—Tengo trabajo; estoy...

Marta le tendió la botella.

—Bebe y siéntate, que lo vas a necesitar. Sí, he estado en una casa. Una buena casa. Se nota el dinero por todos lados. Buenos muebles, y todo lo demás. Pero hay otra cosa que no puedes ni imaginar, Emory. Prepárate. ¡Hay cuatro cadáveres!

Emory estaba bebiendo y se atragantó.

—¿Cuatro muertos, dices? ¿Dónde? ¿En el jardín? ¿Los tienen enterrados en el jardín?

—No. Están en la sala. Son un matrimonio y dos niños gemelos.

Allí están sentados tranquilamente, ¡y muertos! Ya sabes, embalsamados, o algo así, pero es repugnante verlos, casi sin pelo, deformados... ¡horribles!

Emory miró lo que quedaba de la botella, y dijo, tras carraspear.

—¿No has bebido demasiado? ¿Quién te llevó a esa casa?

—El hijo mayor, que habla con los cadáveres como si estuviesen vivos. ¡Había manchas de sangre por todos lados, en esa casa deben suceder cosas terribles! Temí no poder resistirlo y empezar a gritar. Pero no lo hice. Seguramente, de haberlo hecho, ese hombre me hubiera matado; está completamente loco.

Emory gruñó.

—Siempre he dicho que tienes mucho coraje, Marta. Que me lo pregunten a mí. ¿Has llamado ya a la policía?

-No.

Emory alargó una de sus manazas hacia el teléfono, pero su mujer le apartó, enérgica.

—Suéltalo, imbécil. ¿Crees que no valgo yo para telefonar? He venido pensando en este asunto. Allí por instinto, fingí que no advertía nada extraño, sólo quería salvar la vida, estaba a merced de un loco. Pero es un loco que tiene dinero, Emory. Y estoy cansada de esta pocilga... Quien posee aquella casa debe ser sin duda, muy rico. Eso será fácil averiguarlo, tengo la ficha que me enviaron de la Agencia de colocaciones. Seguro que lo es, Emory.

Inmensamente rico y completamente loco. Además, si se trata de un asesino de esos sicópatas, o como se diga, con un poco de habilidad se le puede manejar hasta saber todo lo que ha sucedido allí, y después...

—Después estarás también embalsamada, o enterrada en el jardín, preciosa.

Marta sonrió con dureza.

—Es un joven de aspecto normal. Un hombre como tú, Emory, lo dominaría sin dificultad. Podríamos proponerle que te diera trabajo. Tú cuidarías de los coches, del jardín, de esas cosas. Sólo tienes que fingir que oyes hablar a las momias de la sala y vigilar con mucho cuidado, luego le apretaríamos bien la clavijas en cuanto conociésemos toda la historia. Por muy loco que sea, podremos en algún momento hacerle comprender que o paga, o va a la cárcel. Es curioso, pero fuera de la casa parece completamente normal, y hasta muy agradable.

Emory lanzó un bufido.

—Eres tonta, Marta. Se han burlado de ti. Piensa que cuando alguien tiene unos cadáveres en su casa, no los enseña al primer desconocido y luego le deja marchar para que lo cuente todo por ahí. Serán muñecos. El tipo se divertirá asustando así a la gente.

—Eran cadáveres, Emory. Si él me ha dejado marchar es porque de verdad cree que están vivos. Habla con ellos, lo he visto, estoy segura de que no fingía; él piensa que sus familiares están allí sentados, charlando con él. ¿No te das cuenta? Resulta sencillo: Sólo tendremos que seguirle el juego y mientras tanto, apoderarnos de lo que se pueda. En plata y cosas así debe haber una fortuna. Y finalmente, sacándole de la casa, se le plantea el asunto: O paga, o le enviamos a la policía.

—No me gustan los locos. Pueden ser peligrosos.

—Este lo es. Hay un lado de la sala enteramente manchado de sangre. Seguro que alguien le dijo que su familia estaba muerta, y lo mató. Por eso, Emory, tú estarás a mi lado. Y siempre con mucho tacto. Lo he pensado bien, es la gran ocasión, Emory. Si sabemos hacerlo, podemos tener allí una fuente permanente de dinero.

Emory no era demasiado listo.

—¿Tú estás segura de que él querrá un hombre en la casa?

—Creo que sí. Le diré que sólo estoy dispuesta a quedarme si te emplean a ti, que así podremos atenderles, incluso durante las noches. Aceptará. Pero es necesario que tengas valor, y que no te asustes por nada.

Emory terminó la ginebra, arrojando la botella al suelo.

CAPITULO 4

NELS estuvo algún tiempo sin volver al Banco en que había trabajado Sonia, porque en realidad sufría períodos de olvido, de amnesia, durante los cuales iba de un lado a otro de la ciudad, se alojaba en hoteles desconocidos, conocía gentes extrañas, se apartaba por completo de su mundo. Pero después recobraba la memoria, y así fue como un día se dirigió de nuevo al Banco, para ver si había vuelto la muchacha.

Allí le dijeron que se le había dado ya definitivamente por desaparecida, y que el Departamento de Personas Perdidas había archivado el caso. Nels dejó el edificio y no se había alejado mucho de él, cuando lo alcanzó una joven de largas piernas, morena, que había salido del Banco en su persecución.

—Señor Marlin...

Nels se detuvo, sorprendido.

—Perdone que lo aborde así. Usted ha estado preguntando por Sonia, Me ha parecido advertir que está muy preocupado por su desaparición. Yo trabajaba a su lado, era casi su amiga. No llegué a serlo por completo debido a su difícil carácter. Pero puedo hablarle de ella, si lo desea.

Nels miró a la joven con entusiasmo. Su belleza era radiante, alegre, un poco insolente.

—Es usted muy amable, señorita. De modo que trabajó con Sonia... ¿Me permite que le invite a tomar algo aquí cerca?

—Encantada, señor Marlin. Hace tiempo que le conozco, aunque usted nunca se haya fijado en mí. Estaba tras de una mampara.

Nels sonreía feliz, quizá un poco tímidamente. Llevó a la muchacha a un elegante bar y bebieron champán. La joven dijo que se llamaba Jocelyn Mason, y con bastante habilidad fue mostrando a Sonia como una persona indecisa y misteriosa.

—Era muy inestable; yo siempre dije que acabaría marchándose cualquier día. ¡Marcharse cuando alguien como usted estaba interesado en ella! ¡Hay que estar chiflada!

Nels murmuró.

—Me hubiera casado con Sonia, sí. Creo que... la quería.

Jocelyn Mason casi se estremeció. ¡Aquel hombre tan guapo, dueño de una fortuna que ella conocía, muy bien, con una cartera de valores petrolíferos que producía constantes plusvalías, había estado dispuesto a casarse con Sonia! ¿Y por qué no con Jocelyn Mason?

—Creo que alguien la esperaba en algún sitio —mintió—. En todo caso, nunca volverá; así al menos lo creen en el Banco.

Nels tuvo una fugaz visión de Sonia, cubierta de sangre, y

palideció. Pero al momento se le borraba de la mente la atroz escena.

—Era libre de decidir —consideró—. Una muchacha de sus condiciones, con todo derecho podía esperar mucho más que un tipo como yo.

Jocelyn le cogió de las manos, diciendo, con calor.

—¿Qué dice? Usted... señor Marlin... usted... ¡oh, perdone! —se había sofocado mucho antes de soltar las manos del hombre—. Permítame ofrecerle toda mi simpatía. Si puedo compensarle en algo por la deserción de Sonia, quiero decir... Aceptaría con el mayor placer que, usted me invitase a salir esta noche, por ejemplo... Creo que es cortesía obligada con un cliente de su importancia, que además está tan solo...

Nels la invitó. Cenaron en un local de lujo, y después fueron a bailar. Nels Marlin, fuera de su casa, de la magia, del fenómeno que en su casa lo transformaba, era bastante ingenuo y manejable, y aquella astuta muchacha, practicando y dosificando el atrevimiento y la timidez, de manera maestra, lo cautivó por completo en una semana.

Le había contado su vida, inocente, anodina. Tenía la familia muy lejos, era independiente, y sola, sobre todo sola. Nels respondía siempre al tema familiar.

—¡Es terrible, Jocelyn, yo no podría vivir sin mis padres y mis hermanitos, me parece inhumano que una chica sensible como tú viva sola! ¡Cómo te agradecería mi familia! Los niños, tienen doce años, son gemelos y encantadores. Me gustaría mucho que te conocieran.

Jocelyn se resistía, fingiendo una profunda timidez. ¡Unos padres jóvenes, un primogénito que poseía una fortuna propia y que heredaría otra todavía mayor! No, no caería en la trampa de ir a ver a los Marlin, para que se convirtiesen en sus enemigos y alzasen un muro entre Nels y ella.

—Más adelante, Nels... Sólo somos buenos amigos, y esa visita podría interpretarse como otra cosa; ¿me comprendes?

Nels no se decidió en aquella ocasión, ante el secreto despecho de Jocelyn. Pero unos días más tarde, cuando ella apareció más bella y ardiente, inesperadamente le pidió que se casase con él.

La joven contuvo un grito de alegría. Más, aún no había triunfado. Quedaba la familia Marlin. No era la primera vez que una familia se oponía a una boda. Jocelyn sabía muy bien que ella podía cautivar a un hombre por su propia belleza; pero esta misma belleza era recibida con hostilidad por los demás. Sobre todo cuando sospechaban que podía tratarse de una ambiciosa en busca de fortuna.

—No, no es posible, Nels... Tú sabes que yo no tengo nada que ofrecerte, tu familia me rechazaría, ellos desearán para ti una mujer de vuestra misma clase. No quiero hacerte desdichado...

Nels se entusiasmó tanto que hasta aceptó que la familia Marlin no conocería a Jocelyn por el momento, «porque ella tenía que armarse de valor».

Una noche, después de abundante bebida, Jocelyn le convencía para tomar un avión hacia Las Vegas, donde se casaron, con la habitual rapidez, pasando unas semanas alegres.

Después de aquello, Jocelyn, ya no le temía a la familia de Nels. Guardaba en su bolso un certificado de matrimonio, y o bien la aceptaban aunque fuese a disgusto, participando el resto de su vida de los dividendos del petróleo, o bien no la aceptaban, en cuyo caso se verían obligados a pagar una fortuna para comprar la libertad de Nels.

—Prefiero lo primero. Nels es realmente encantador, cariñoso y bueno. ¡Y tan fácil de manejar! —razonaba en voz alta.

No costaba nada querer a Nels. Sólo a veces, en las noches, sufría de extrañas pesadillas. En algunos momentos, cuando despertaba por la mañana, había en sus ojos una extraña expresión. En aquellos momentos Jocelyn creía estar ante una persona extraña, muy distinta del Nels Marlin de siempre. Una persona que se hubiera apoderado de él. Por lo demás, Jocelyn era feliz, amaba las joyas, y Nels le compraba todo lo que ella admiraba.

Cuando Nels insistió en volver a Los Angeles, a su casa, para ver a la familia, Jocelyn aceptó porque ya no podía negarse.

Y así llegaron a Brea Canyon una tarde de sol. Jocelyn supo apreciar el valor de la casa, de «su casa» y decidió, para sí.

—No me echarán. Tendré que luchar con su madre, sí con ella sobre todo, lo sé. Será mi enemiga, pero no me echarán. Puedo tener a Nels de mi lado siempre. Viviremos aquí, y sólo saldremos para hacer viajes a esos lugares que siempre he deseado visitar. Nels detuvo el coche. Jocelyn advirtió el descuido del jardín; todo estaba un poco abandonado.

—¿No me dijiste que tenías un hombre que cuidaba de todo?

—Sí, el marido de Marta, nuestra criada. La contraté a ella y luego al marido. Es un hombre de aspecto poco agradable, pero me pareció buena idea que estuvieran los dos aquí.

—Pues no se esfuerza demasiado. Fíjate...

En aquel momento, cuando bajaban del coche, Emory, el marido de Marta, salió de la casa, bostezando. Había oído el ruido del motor del coche. El y su mujer llevaban una temporada feliz. En ausencia de Nels no hacían nada, salvo registrar la casa. Al ver

que Nels llegaba acompañado, Emory se quedó lleno de asombro. Nels dijo:

—¡Emory! ¡Ya estamos de vuelta! ¿Todo bien? ¡Ven, acércate, hombre voy a presentarte a la señora Marlin! ¿No es una buena sorpresa?

Emory balbuceó.

—Encantado... señora...

Jocelyn le tendió la mano, mirándole sin entusiasmo. Emory apestaba a sudor, y también a alcohol.

—Hola, Emory.

El hombre dijo, todavía atónito.

—¿Va a... a llevar a la señora a la salita, señor? ¿Le va a enseñar...? Quiero decir si piensan entrar a ver a... «la familia».

—Claro. ¿Están todos allí? ¿Vinieron los niños del Colegio? ¡Ah, Emory! ¿Qué hiciste con aquel coche que abandonaron en nuestro jardín?

—Lo que usted ordenó, señor. Lo llevé al aparcamiento del centro y lo dejé.

Nels explicaba ya a su esposa.

—Un despreocupado abandonó aquí un coche, Jocelyn, con las llaves puestas y todo. Como no lo retiraban, le pedí a Emory que lo llevase a cualquier lado. Hay que optar por la solución directa porque si avisas a la policía te vuelven loco. Ven, pasa, Jocelyn...

La tomó por una mano. Marta apareció entonces y se quedó tan asombrada como su marido, aunque se repuso primero. Nels sonreía feliz.

—¡Estoy deseando que te vean, Jocelyn, qué sorpresa les daremos! Ya me ha dicho Emory que están todos en casa. Cierto. Escucha como ríen los niños. ¡Siempre están riendo! ¡Ven!

Jocelyn miró a su marido con extrañeza.

—¿Tú oyes reír a alguien? ¡Nels! ¿Qué te sucede? ¡Tienes una expresión rara!

—¡Qué tontería! ¿Por qué está cerrada la puerta de la sala, Marta, si nunca se cierra? Ven, querida...

La conducía hacia la sala. Marta dio un paso, adelantándose a ellos.

—Señor... ¿No sería mejor que la señora descansara un poco? A no ser que ya conozca... quiero decir...

—¿Qué le sucede a usted, Marta? ¿Qué es lo que mi esposa tiene que conocer? No la ponga nerviosa, va a creer que mis padres son unos ogros.

Apartó a la mujer abriendo la puerta, con mucha decisión. Jocelyn apretó las manos, aprestándose a la batalla. Marta había retrocedido, reuniéndose con su marido, mientras el matrimonio

penetraba en la sala. Marta murmuró.

—¡Dios mío, es imposible que esté tan tremendamente loco como para ponerla ante todo ese horror!

—Claro que está rotundamente loco, por eso cree que sus familiares están vivos, ya lo sabemos. Pero esa chica... Quizá ella sepa lo que sucede y lo haya admitido.

Escucharon una carcajada de Nels. La voz contenida de Jocelyn. Y después un grito espantoso, interminable.

Marta susurró.

—No lo sabía. Me temo que vamos a tener complicaciones.

Nels salió de la sala demudado, desencajado, trayendo en sus brazos a Jocelyn. La mirada que lanzó al matrimonio les dio a éstos la medida del grado de locura del joven.

—¡Se ha desmayado! —dijo con estupor—. ¡Le pedí que besara a mamá y de pronto se desmayó! ¡Debe ser por el cansancio o a causa de la emoción! ¡Mamá se ha asustado mucho, y los niños también! ¡Marta, por favor, vaya a ver si mi madre la necesita, yo llevaré a Jocelyn a mi cuarto!

Marta asintió, aunque sin moverse. Su tosco marido temblaba. Desde que Nels se ausentara de la casa, no habían entrado en la sala, para nada. Nels desapareció en lo alto de la escalera. Entonces, el hombre dijo.

—Escucha, Marta: cuando esa chica vuelva en sí, se apresurará a llamar a la policía. Y nos van a acusar de complicidad. Por lo tanto, ¡vámonos cuanto antes!

Marta le sujetó de un brazo.

—Es una complicación, desde luego, Emory. Pero aguardaremos. No puedo creer que ella renuncie, se trata de su marido, y, la observé bien, quiere su dinero. En todo caso, reflexiona antes de escapar. Yo no pienso irme de aquí con las manos vacías. Mira, sal fuera y arranca el cable del teléfono; tú ya sabes dónde está. Luego vigilaremos. Desde nuestra vivienda sobre el garaje se domina perfectamente esta puerta. La de la cocina la cerraremos con llave. Si la chica trata de abandonar la casa, entonces ya veremos lo que hacemos.

—¿Vas a entrar en la sala?

—¿Para ver qué quiere la señora? —Marta rió quedamente—. ¡No seas imbécil, querido!

CAPITULO 5

SENTADO en el borde de la cama. Nels miraba fijamente a Jocelyn. Era el Nels Marlin que resurgía en el momento de penetrar en la casa de Brea Canyon. Es decir, un hombre completamente divorciado de la realidad.

La joven tardó mucho tiempo en recuperarse, pero al fin abrió los ojos, y durante unos instantes permaneció como aturdida. Luego, su rostro se cubrió de espanto.

—¡Nels...!

El hombre sonreía.

—Bueno... ya pasó todo. Ahora bajaremos de nuevo y te disculparás con mamá. ¡Antes le diste un buen susto, ¿sabes?

Jocelyn gimió:

—¡No! ¡Por favor, Nels, no! ¡No quiero volver a verlos, ellos están muertos, sus ojos se han vaciado, están muertos! ¿Es que no te das cuenta de eso?

Nels dejó de sonreír, rugiendo con furor.

—¡Maldita estúpida! ¿Qué pretendes con esa mentira horrible? ¡Mamá te recibió con todo el afecto, y tú tratas de...! ¿Cómo he podido ser tan ciego y no darme cuenta de que estás loca?

—¡Tú eres el loco. Nels, tienes cuatro cadáveres espantosos en tu casa! ¿Imaginas que así podrás conservarlos? ¡Se están deshaciendo, están muertos, están muertos...! ¡Apártate! ¡Me voy de aquí! ¡Y no te atrevas a tocarme!

Intentó levantarse, pero Nels le sacudió un terrible bofetón y, después, cuando ella intentaba cubrirse el rostro, un golpe con el puño, en la mandíbula. Jocelyn volvió a caer sobre la almohada, inconsciente.

Nels iba a golpearla de nuevo, pero se contuvo. Esta vez se contuvo, murmurando:

—Es mi esposa. Es de la familia. Pertenece a nuestra casa...

Se había levantado, desconcertado, dando vueltas, mascullando palabras sin sentido. Luego pareció dominado por una actividad alocada. Apartó la ropa de la cama y, sujetando una sábana, rasgó fácilmente una tira, porque en aquel estado de exaltación su fuerza era mucha. Con ella amordazó a Jocelyn, brutalmente, rompiendo la comisura de sus labios al apretar la tela. Después volvió a dar vueltas por el cuarto, a musitar algo. Se detuvo ante la ventana, arrancando el cordón de la cortina. Con él ató a Jocelyn, manos y tobillos. Cuando hubo terminado, tomó asiento de nuevo en la cama, esperando.

La joven abrió los ojos media hora después, para mirar con espanto al hombre. Estaba recordando algo terrible: La desaparición de Sonia, la completa desaparición de su compañera de trabajo. Quiso gritar,

soltarse. Sólo podía gemir quedamente, agitarse en la cama.

Nels no decía nada, no se movía. Se hizo de noche. En el corredor sonaron pasos, y luego golpearon en la puerta. Nels puso su mano derecha sobre el rostro de Jocelyn, impidiendo incluso sus apagados gemidos.

—¡Señor! ¿Necesitan algo? ¿Está ya bien la señora?

Era Marta. Nels contestó, alegremente.

—¡Está muy bien, gracias Marta! ¡Pueden irse a descansar, los dos; y gracias por todo!

—¿No quieren que les prepare algo para tomar? Quizá la señora desee...

—No, muchas gracias, Marta. Váyanse. La señora está muy cansada. Si más tarde queremos comer un poco, nos ocuparemos de ello. Compartiremos la cena de la familia, que ya estará preparada.

—Sí, señor. Buenas noches entonces...

Marta se alejó, y Nels retiró la mano. Jocelyn estaba casi asfixiada.

Nels se fue a la ventana esperando para ver cómo el matrimonio salía de la casa, y se alejaba hacia el garaje. Desaparecieron los dos por una puerta lateral y pronto se encendían las luces del piso alto. Nels se apartó de la ventana, sonriendo.

—Ya no hay extraños en casa, Jocelyn. Sólo nosotros, la familia. Porque tú perteneces ya a la familia, como papá, mamá, y los niños. Te dije que eran encantadores, ¿verdad? Pero tú quieres irte de aquí, abandonarnos, y eso no está bien...

La alzó de la cama, fácilmente. Jocelyn tenía lágrimas en sus ojos.

* * *

El sótano de la casa de los Marlin no guardaba semejanza con los sótanos de las viejas mansiones, sombríos y siniestros. Estaba dotado de una buena iluminación, y aunque desordenado, sobre todo desde que Marta se ocupaba de la limpieza, no resultaba desagradable. Había en él estanterías con juguetes de los niños, registros del sistema de desagües, el quemador automático de propano para la calefacción y el agua caliente...

En un lado, un taller de «bricolaje», con muchas herramientas que Nels utilizaba en ocasiones.

El piso era de grandes baldosas de gres, sentadas sobre tierra. Bajo algunas de ellas había Nels enterrado a sus víctimas. No era posible advertirlo. Las baldosas removidas habían sido colocadas de nuevo con el mayor cuidado.

También había algo más: Un cuarto secreto, aislado de todo, acotado en un espacio muerto, y cerrado por una estantería. Para evitar el sonido a vacío, la estantería tenía el dorso forrado, y se movía pivotando sobre un punto. Pero no podía moverse nunca accidentalmente, gracias a un ingenioso seguro.

Aquel cuarto era el paraíso de Nels, dedicado complacidamente algunas veces a la vivisección de animales. Cuando atrapaba cualquier animalejo, tanto podía ser un gato, como un zorrillo de los bosques próximos al Canyon, lo inmovilizaba sobre su mesa de trabajo y, utilizando instrumentos casi profesionales, le abría las entrañas para observar sus reacciones, sonriendo mientras el animal se debatía, con los ojos muy abiertos. Nels hurgaba con el acero en los tejidos, descubriendo el corazón, para contemplar cómo latía apresuradamente. Mirando el palpitar permanecía tiempo y tiempo, hasta que el animal moría. Aquello parecía una diversión alucinante para Nels Marlin. «Lo otro» en cambio fue más penoso, sí. Aquella terrible noche en que el gas sorprendió a sus padres y a sus hermanos en la sala, aquella noche maldita, cuando al volver a casa, los encontró muertos en medio de un desagradable olor, la mente de Nels estalló como si hubiera recibido en el cerebro el impacto de una bala «dun-dun».

Y entonces tuvo que entrar en aquel «cuarto secreto», para tomar sus instrumentos, repasar ávidamente libros de Medicina, comprar productos químicos, de los que se empleaban en la taxidermia, en la desecación de animales...

Cuando bajó con Jocelyn al sótano, tuvo que dejarla en el suelo mientras abría el paso del cuarto. Había mucho polvo, no había estado allí desde que sacara a su familia para instalarla, definitivamente, hasta el fin de los tiempos, en la sala. Su madre para ver eternamente la televisión, su padre repasando las láminas de un libro, los niños construyendo un planeador que nunca terminarían.

Pulsó el interruptor de la luz. En el cuarto, el olor de los fluidos embalsamantes era fuerte, aunque estuviesen en frascos precintados.

Nels miró los animalejos disecados que había por las paredes. Estaban en muy malas condiciones. Hizo un gesto de disgusto y volvió a buscar a Jocelyn, cerrando luego la entrada.

La joven estaba ahora en pie, recostada en un ángulo del cuarto. En sus ojos brillaba el más vivo terror. Sin duda, presentía que algo horrible iba a suceder, ahora que ya consideraba a Nels como un completo loco.

El hombre estuvo mirándola un rato. Como a un objeto. No había ni siquiera odio en su mirada. Sólo una indiferencia

impersonal.

Luego la cogió por la cintura, poniéndola sobre la sucia mesa de trabajo, en cuya madera se habían adherido sangres y humores, dándole un color indefinido.

Jocelyn se agitaba con fuerza. En cambio, Nels actuaba con calma, de un modo casi científico. De alguna parte sacó unas correas, con las que alguna vez sujetara animales, perros grandes. Soltó las ligaduras de los tobillos de la joven y los cogió con las correas, a mitad de la pierna, atándolos a la base de la mesa. Después hizo lo mismo con los brazos, y Jocelyn quedó absolutamente inmóvil sobre la mesa. Sólo podía agitar la cabeza a un lado y a otro, y lo hacía con furia, tratando inútilmente de soltarse la mordaza.

Nels se alejó hacia un rincón y allí estuvo reuniendo frascos y vertiendo su contenido en una gran bombona. El olor, mareante, llenó el cuarto. Olía especialmente a formaldehído y a breas. Mientras el hombre agitaba la mezcla, la joven seguía sus maniobras con mirada desvariada. Nels había empezado a silbar quedamente. Cerró la bombona con un cierre de goma a presión, del que emergía un fino tubo de plástico. Y la puso en una balda alta.

Luego rebuscó en unos cajones y, cuando se volvió hacia la mujer, tenía en las manos una gran jeringuilla, con una larga y gruesa aguja, también conectada a otro tubo fino. Jocelyn gimíó, horrorizada. Nels se acercó a ella y, con mucho cuidado, descubrió su brazo, mirando atentamente. Después hundió la aguja en una vena, con bastante habilidad, inmovilizándola con un trozo de cinta adhesiva.

Repitió la operación con otra jeringuilla en el tobillo derecho, dejando la aguja muy bien sujeta. Esta segunda jeringuilla era la que estaba conectada con la bombona de los fluidos embalsamantes.

Jocelyn no comprendía nada, porque el miedo, el terror no se lo permitían. Su cerebro había dejado de razonar, sólo sentía deseos de gritar y no podía hacerlo.

Un inútil intento de soltarse, que sólo le produjo dolor. Nels estaba a los pies de la mesa, conectando los tubos de plástico a una pequeña bomba manual. Muy simple todo: se trataba de un equipo para embalsamar animales.

¡Iba a sustituir la sangre de Jocelyn por el líquido embalsamante, y lo iba a hacer cuando la mujer vivía, cuando tenía los ojos muy abiertos, espantosamente abiertos!

Sonriendo, Nels empezó a accionar la pequeña bomba, observando los finos tubos transparentes. Pronto, por uno de ellos

avanzó, roja y casi impetuosa, la sangre, mientras por el otro se alejaba el oscuro líquido, formado por la mezcla de dieciséis preparados.

Cuando el fluido embalsamador llegó al cuerpo de Jocelyn, cuando penetró en sus venas, en sus arterias y arteriolas, la mujer se crispó, atenazada por un dolor espantoso y hasta pareció que iba a romper las correas. La mordaza se soltó ante la terrible sacudida de su cabeza, y entonces, el grito que estaba lanzando resonó con fuerza, con gran fuerza, en el pequeño cuarto.

Nels miraba ahora su rostro con curiosidad. La sangre abandonaba el cuerpo de Jocelyn, y el líquido embalsamador ocupaba su lugar, poco a poco. La mujer rugió, doblando la cabeza hacia el lado izquierdo. Sus ojos se pusieron blancos, y tosió dos veces. Luego el corazón recibió el líquido invasor y se detuvo. El rostro de Jocelyn se alteró, deformándose, tomando un tono azulado...

—No me gusta este aspecto; espero que... —dijo Nels, con cierto aire de ausencia y distracción.

El trasiego de líquido continuaba. El rostro de la mujer, ya muerta, iba dulcificándose, recobrando su color normal, tan sólo un poco más pálido. Su boca quedó entreabierta, y Nels sujetó sus párpados con adhesivo para evitar que se cerrasen.

Durante mucho tiempo duró aquella operación, hasta que el cuerpo quedó completamente vaciado de su sangre, y los productos químicos ocuparon su lugar, formando nuevos componentes al fusionarse con las proteínas del protoplasma celular, evitando así ulteriores cambios en el protoplasma y, en teoría al menos, asegurando la conservación del cuerpo, manteniéndolo sin descomponerse durante muchos años.

Naturalmente, un buen embalsamamiento requería otras técnicas, más refinadas, para obtener unos resultados perfectos, pero tales técnicas no estaban al alcance de Nels. Los ojos se descompondrían pronto.

Aun así estaba satisfecho. Soltó las correas, empezando a hablar con Jocelyn en tono amable.

—Ahora vas a llevarte muy bien con mamá. Ella tiene derecho a dar las disposiciones de la casa, no lo olvides, querida...

Alzó la cabeza del cadáver, esbozando una dulce sonrisa.

—¿Dices que no pretendes suplantarla? Ya lo sé. Eres encantadora. Espero que juegues mucho con los niños. Papá no te molestará; él, con su pipa y con sus libros tiene bastante... ¿Te gusta la televisión?

El poderoso coche de Nels rugió en la explanada, y Emory, que estaba de vigilancia junto a la ventana de su vivienda, pero que pese a todo se había dormido, despertó bruscamente, chasqueando la lengua. Al mirar hacia el jardín vio alejarse el vehículo llevando solamente a Nels.

Marta le gritó desde la cama:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Como que no pasa nada? ¿Te has dormido?

—¡Se marcha él solo, eso es lo que pasa! ¡Además, qué me voy a dormir!

Marta, que no se había quitado la ropa, saltó de la cama, impaciente.

—¡Vamos a la casa, Emory! ¡Quiero saber que ha pasado con esa chica!

—Te dije que estaban de acuerdo, que ella lo sabía. Ahora será más difícil que de aquí saquemos algo en limpio,

—protestó el hombre.

Se lavaron un poco la cara para despejarse y, tal como estaban, bajaron al garaje, dirigiéndose enseguida hacia la casa. Marta abrió con su llave, pero en el vestíbulo los dos dudaron. Marta dijo:

—Vamos a subir a su cuarto. Pero no subiré sola, Emory.

—El único peligroso es él, y acaba de marcharse. Vamos.

Subieron. En el cuarto, cuya puerta aparecía abierta, no había nadie. El matrimonio iba perdiendo decisión. Buscaron en otras habitaciones que no se ocupaban. Inútil. No vieron a nadie. Por fin descendieron al vestíbulo. La puerta de la sala se encontraba abierta y podía oírse el ruido de la televisión.

—La ha dejado encendida él. ¡Para que la vea su madre!

—rió groseramente Emory—, Vamos a apagarla. Y cuando regrese le diremos que ella misma lo hizo. Después de todo, ¿no cree que está viva?

Entraron en la sala. Todo estaba como siempre. No. Junto a la butaca de la señora Marlin alguien había colocado otra butaca, ladeada. En ella estaba sentada Jocelyn, la joven esposa de Nels, que había llegado a la casa la noche anterior. Un poco recostada en el respaldo, hacía punto, teniendo en el suelo, a sus pies, un cesto de lana. Es decir: Jocelyn sujetaba en sus finas manos unas agujas entrelazadas, pero que no se movían.

Marta murmuró, aterrada:

—¡La ha... matado, Emory! Está muerta, como los otros, mira sus ojos! ¡La trajo para sentarla ahí, junto a su madre! ¡La ha matado y embalsamado, no puede soportarse ese horrible olor!

Emory retrocedió, gruñendo:

—Vámonos de aquí. ¡Ahora mismo!

Marta asintió, muy nerviosa.

—Sí. En cualquier momento, ese monstruo puede pensar que estaríamos mejor sentados para siempre en la cocina. ¡Pero no nos iremos con las manos vacías, Emory!

Avanzó hacia el grupo familiar, con decisión, que era un poco forzada por su egoísmo. Miró a la joven. Nels la había vestido con una ropa adecuada para estar en casa. Y lucía casi todas las joyas que él le había comprado.

La mujer apretó los labios y, de un tirón, arrebató el collar de perlas y corales. Luego, un broche de brillantes. Y, con la misma brutalidad, soltó el reloj de platino de la joven. Después, para despojarla de un anillo antiguo de plata vieja, y una esmeralda, tuvo que moverla tanto que Jocelyn estuvo a punto de caer. Pero al fin pudo sacarlo de la fría mano, que apenas tenía flexibilidad.

—¡Ven, Emory, guarda todo esto en tus bolsillos! Vale una pequeña fortuna. Es todo lo que sacaremos para nuestro provecho.

Emory obedeció. Pronto, Marta despojaba también el cadáver de la madre. Tenía perlas, y unos pendientes que, al tocarlos, desgajaron el lóbulo de la oreja.

Una parte de la oscura y reseca carne quedó prendida en ellos. Marta la apartó, con gesto de repugnancia. Quitarle a la señora Marlin las varias sortijas que tenía en las manos fue aún peor.

Los dedos se desprendían al tirar de ellos. Caían como piezas sueltas de un muñeco, se quebraban con un chasquido de madera vieja.

Marta gritaba de espanto, pero se había convertido en una auténtica ave de rapiña. Consiguió todas las joyas, guardándolas de cualquier modo en los bolsillos de Emory.

—Toma el reloj del viejo, es bueno —le dijo a su marido.

Era de una marca suiza. Emory lo retiró con cuidado. Después, los dos salieron de allí, volviendo la cabeza como si los cadáveres pudieran perseguirlos. Emory dijo:

—Despojar a los muertos es una cosa horrible. Puede que nos castiguen de algún modo.

Marta rió, nerviosamente.

—¿De qué muertos hablas? ¡Esos están vivos! ¿No lo sabes? ¿No hablan con Nels Marlin todos los días? Bah, no temas. Ni nos castigarán los muertos, ni tampoco la policía. Porque él no nos denunciará. Se cuidará mucho de hacerlo. Anoche mató a su esposa y, seguramente, antes mató a toda su familia. ¡Vamos al cuarto de la madre, tiene más joyas allí!

Las joyas estaban en una caja fuerte, que podía abrirse con unas simples tijeras de cortar papel. Emory la hizo saltar, fácilmente. Había muchas piezas valiosas, algunas heredadas de los abuelos petroleros. El botín, aun vendido a los intermediarios habituales, y a sus precios, valía muchos miles de dólares.

—No hemos perdido el tiempo, después de todo. Ahora desapareceremos por completo. Naturalmente, no regresaremos a la antigua casa, hemos desaparecido, nos hemos esfumado. Vamos, Emory. El puede volver de improviso.

Tenían en el garaje su coche. Y lo hicieron correr, mientras se alejaban de Brea Canyon, como nunca había corrido aquel viejo cacharro.

CAPITULO 6

NINGUNO de los teléfonos de la casa funcionaba. Nels Marlin estaba furioso, como nunca lo había estado, ni siquiera en las ocasiones en que, dominado por alucinantes y extraños delirios, había llegado a matar.

—¡Canallas; mamá que ha sido tan buena, tan amable siempre, y le han roto la mano de ese modo!

Después de varios intentos de usar los teléfonos, y de comprobar que no estaban conectados, salió al exterior, encontrando pronto el lugar donde Emory había arrancado el cable. No podía arreglarlo, así que tras cerrar la puerta de la casa, volvió a su coche, dirigiéndose a toda velocidad a La Habra, que era el centro más próximo.

Nunca había ido a la oficina de la policía, por la que sentía absoluta aversión. Tuvo que preguntar dónde estaba, y al fin la encontró. Sin preocuparse de nada, dejó el coche en el aparcamiento reservado al Comisario, y entró en la comisaría tan descompuesto y alterado que al momento le atendieron.

—Soy Nels Marlin. Vivo en Brea Canyon, en un lugar que las gentes llaman «La casa gris».

El Comisario le miró con atención:

—Sí, ya conozco la casa, y le he visto a usted pasar por aquí. ¿Qué es lo que le sucede?

—Hemos sido robados del modo más miserable por personas en las que habíamos depositado toda nuestra confianza, estaban a nuestro servicio, un matrimonio. ¡Se han llevado nuestras joyas!

El Comisario contuvo un gesto de aburrimiento.

—Bueno, quizá le extrañe, pero ese es un tipo de delito muy habitual. Se mete en casa a desconocidos, se confía en ellos, y a los tres días se deja todo a su alcance. Déme más detalles.

—¡Ha sido horrible, Comisario! ¡Incluso se atrevieron a coger las joyas que mi madre y mi esposa tenían puestas, hiriendo a mi madre en una mano!

El Comisario murmuró:

—¡Qué animales! Bien, llamaremos al médico, para que vea esa mano de su madre...

—No es necesario, yo la curé, ahora está bien. Lo que quiero es que encuentren a los ladrones. Se llevaron las joyas familiares, incluso descerrajaron una caja para apoderarse de las de más valor. Y, sobre todo, Comisario... fueron muy brutales con mi madre. Eso es lo peor. ¡Tienen ustedes que castigarlos!

Estaba muy exaltado. El Comisario volvió a mirarle con atención.

—De modo que vive usted en la «Casa Gris» del Brea Canyon. Sí, habrá que ver lo que ha sucedido. Le enviaré a dos agentes en cuanto disponga de ellos; ahora están todos fuera.

—Es importante, Comisario.

—Sí... descuide, vaya a su casa y espérelos. En cuanto lleguen, déles todos los datos que tenga de esa pareja. También necesitaremos algún detalle de las joyas. ¿Puede hacerlo?

—Sí.

—Imagino que estarán aseguradas.

—Algunas solamente. Las últimas que le compré a mi esposa, no lo estaban aún. Nos casamos hace muy poco tiempo.

—Gracias. Vuelva a su casa y espere a mis hombres.

El Comisario le tendió la mano como despedida. Y cuando Nels salía, le dijo a una chica que escribía a máquina:

—El comprador de la «Casa Gris». Bueno, éste es el hijo mayor. Son un matrimonio con tres hijos. Por fortuna, esta vez no ha sucedido nada en la casa, lo que demuestra que las historias son sólo eso: historias.

—Acaban de robarles las joyas.

—Eso pasa hasta en los hogares más decentes, niña. Yo me refería a otro asunto, ya sabes lo que se cuenta de esa casa, y de sus habitantes.

—Sí, pero nunca lo he creído. No leo novelas.

El Comisario sonrió, diciendo:

—Bueno, yo me marchó a hacer un poco de golf. Cuando vengan los dos primeros chicos, ponles «La Casa Gris» en su hoja de ruta. La joven asintió, anotando la orden. Quien la recibió fue una pareja compuesta por un cachazudo policía a punto de jubilarse, y un joven que consideraba que la jubilación era algo tan lejano en el tiempo como el fin del mundo.

Se llevaban bastante bien, se compensaban. El de más edad gruñó:

—Si se trata de un robo de joyas, tendrán que intervenir los de investigación. ¿Por qué no les avisa el jefe ya?

—Porque tengo la impresión de que primero quiere estar bien seguro de que el robo existe. El tipo no parecía demasiado sereno.

—Niña, nadie está sereno cuando le roban. Pero iremos en primer lugar.

* * *

El más joven de los policías parecía impresionado por la importancia de la casa.

—Esto huele a dinero —dijo.

Habían presionado el pulsador de la puerta. Pronto sonaron

pasos, y Nels Marlin les abrió, lanzando sobre ellos una mirada recelosa. Luego empezó a sonreír.

—¡Al fin! Tenía la impresión de que su jefe no me había concedido mucho crédito. Pasen. ¿No traen el equipo?

—¿Qué equipo?

—Para huellas dactilares y todo eso; fotografías...

Los dos policías se miraron. El jefe contestó:

—¡Oh, los tipos de traje gris vendrán luego, esto es una primera inspección, ya sabe, rutina! Nos gustaría ver en primer lugar la caja fuerte. Luego hablaremos con su familia, y echaremos un vistazo a las habitaciones de esa pareja. Pudieran ser dos profesionales, muchos trabajan de esa forma, se emplean en una casa... ¿Quién se los recomendó?

—A Marta, una agencia. Luego, ella me propuso traer a su marido. Como hacía falta, lo contraté. La verdad, no valían demasiado.

—Depende. Como ladrones parece que sí.

Estaban subiendo por la escalera. El policía joven murmuró:

—Parece la casa de una de esas estrellas del cine antiguo.

—¡Calla! —le susurró el otro.

Nels iba un poco adelantado y no les oyó. Una vez ante una puerta, les dijo:

—El cuarto de mamá. Debería estar ella presente, si quieren la llamo.

—No se moleste, seguramente, todo esto le disgustaría mucho. ¿Esa es la caja fuerte?

Habían entrado en el cuarto, repleto de cortinas, alfombras, pesados y anticuados muebles. El policía había hecho la pregunta, señalando la caja que estaba empotrada en un muro, y descerrajada.

—Sí, ésa es.

—¡Dios, puede abrirse con un cortaplumas! ¡No la toque! ¿Y qué guardaban ahí?

—Mientras ustedes venían, preparé una relación, ayudado por mamá. Mire. Puede que falte algo. De todos modos, este valor es el que dio el seguro en la última tasación.

Nels entregó al policía un papel. El hombre sólo miró las cifras y luego lanzó un silbido.

—¡Madre mía! ¿Es posible que guardaran semejante fortuna en esa caja? Bueno, es inútil lamentarlo, ningún ladrón se molestaría en forzarla, convencido de que en su interior sólo iba a encontrar un diario de la juventud. Esos granujas debían saber lo que había en ella.

Nels sonrió.

—¡Mi madre es muy confiada, seguramente hasta se las mostraría a Marta! Estaba muy orgullosa de las joyas antiguas, las de la abuela.

—No toque nada, señor. Bien, ahora, si le parece, hablaremos con su familia. Cualquier cosa que ustedes recuerden sobre los ladrones, nos será útil.

Descendieron a la planta baja. El policía joven susurró al oído de su compañero:

—En esta casa huele a mausoleo. ¿No notas...?

—No seas tan impresionable, muchacho. Es una casa antigua, aunque no demasiado, y seguramente húmeda.

Ahora oían música, y el sonido fue haciéndose más intenso conforme se acercaban a una puerta entornada. Nels se volvió, diciéndoles:

—Por favor, esperen un momento. Voy a avisar su visita a mis padres.

Empujó la puerta y entró. Los policías quedaron quietos. El joven dijo que aquella música hacía todo más agradable.

—Es televisión. Seguro que se ven la mayor parte de los programas...

Nels volvió, sonriendo con mucha afabilidad. La tensión y el nerviosismo habían desaparecido de él.

—Pasen, por favor, aquí está toda la familia, incluso los niños, que ya volvieron del colegio. Pasen... Oye, mamá, estos señores te harán algunas preguntas. Y a ti también, Jocelyn. Tendrás que describirles tus joyas, no las puse en la relación... Pasen, por favor...

Los policías también sonreían, el cuadro era encantador, al fondo había una bella joven que hacía punto, los niños sobre la alfombra...

—La señora Marlin —decía Nels—. Mamá, enséñales tu mano herida. Yo mismo se la he vendado. ¡Le arrancaron las sortijas, naturalmente! ¿Qué les parece?

Había conducido a los policías ante su madre mientras hablaba. El joven fue el primero en ver las cuencas vacías, y luego todo lo demás. El veterano tropezó un poco con el padre, y al mirarle para disculparse, palideció.

—¡John! —casi gritó el más joven—. ¡Están...!

Nels estaba ahora «hablando» con su esposa, preguntándole si recordaba cuánto había costado aquel collar. John, el policía veterano, sujetó a su compañero por un brazo, mascullando, agitado:

—¡Calla!

Nels se volvió hacia ellos, con toda naturalidad.

—Pues ya lo ven, mi mujer no recuerda el valor. ¿Qué dices, Jocelyn? ¡Claro, querida, el valor es lo de menos! ¡Eres un encanto! Pero yo añadiré aquí su descripción, agente, si le parece. Pregunte a mi madre lo que quiera sobre Marta y Emory, ella, como es lógico, los trataba más que yo...

John tragó saliva, sonriendo crispadamente, mientras asentía.

—Sí, desde luego, señor. Pero antes, mi compañero telefoneará a nuestro jefe, debemos informar... cada media hora. Habla desde el vestíbulo, Robert, ya sabes, le dices lo que hemos visto, y... que esperamos sus órdenes.

Robert, que tenía la mano derecha sobre la culata de su revólver, asintió enseguida. Su palidez era casi tan intensa como la de Jocelyn, que aún no había adquirido el tono ceniciento de los otros cuerpos embalsamados. Casi corriendo, Robert salió de la sala, mientras John, conteniendo las náuseas, contestaba como podía a Nels. El joven policía volvió al momento, muy nervioso.

—¡El teléfono no funciona! ¿Qué hacemos?

Había sacado la mitad del revólver de su funda, y parecía dispuesto a sacarlo del todo para empezar a disparar. Estaba enloquecido de miedo y de repugnancia. Nels explicó, risueño:

—¡Oh, sí, está estropeado, no lo recordaba! Yo creo que ellos mismos arrancaron el cable del exterior al marcharse.

John fue retrocediendo, con mucho cuidado para no tropezar con ninguno de los horribles cadáveres. Así y todo, estuvo a punto de pisar a uno de los niños y casi creyó sentir el ruido de algo delicado que se quebraba bajo sus grandes botas. Gimió quedamente, muy angustiado.

—¿Le pasa algo, agente? —preguntó Nels, solícito.

—No, nada, todo está bien, señor Marlin.

—Mamá espera sus preguntas. Dice que le hace gran ilusión que usted le interrogue... ¡ve tantas películas de policías en la televisión!

—¡John! —exclamó el joven, con desesperación—. ¡Pregúntale!

—Bien, señora... —John tenía la boca seca, y ni siquiera miraba al cadáver de la butaca cuando hablaba—. Nuestra misión es sólo hacer un informe. Luego vendrán los detectives para hablar con usted. Muchas gracias por todo.

Se volvió, y casi corriendo salió de la sala, empujando al tembloroso Robert.

Nels movió la cabeza, con duda.

—¿Qué te parece, papá? No han debido enfrentarse nunca a un robo como éste. Dijeron que querían ver las habitaciones de Marta. ¡Oigan!

Corrió hacia la puerta exterior. Los dos policías entraban ya en el

coche, precipitadamente.

—¡Oigan! ¿No quieren ver dónde vivían Marta y Emory?

Robert suplicó entre dientes:

—¡Vámonos cuanto antes, John! ¡O decide de una vez si le ponemos las esposas y lo llevamos con nosotros!

—Es un loco, hijo, un enfermo demasiado peligroso, no se marchará, ya lo has visto, cree que sus familiares están todos vivos. Que este asunto lo resuelva el jefe. Por supuesto, tendrán que enviar médicos. ¡Vamos, arranca de una vez! —y alzando la voz, contestó a Nels—. ¡No es necesario, los investigadores lo verán! ¡Usted no se mueva de la casa, señor Marlin!

Nels asintió, cerrando la puerta. Entonces, Robert hizo que el potente coche arrancase como un bólido, mientras su compañero descolgaba el teléfono y llamaba a la oficina.

—¡Ruby! ¡Soy John. Ponme enseguida con el jefe!

—Está en el hoyo doce, John. No se le puede molestar.

—¡Maldita sea!

Cortó la comunicación, diciéndole a Robert:

—Vamos al «Country Club», el jefe debe saber al momento lo que sucede.

Robert, con las manos muy apretadas sobre el volante, decía:

—¡Son horribles, están como momificados, no tienen ojos, y apestan!

—No están momificados, sólo embalsamados, y de mala manera. Debí ponerles ojos de cristal, así no se habrían descompuesto lo suyos. La chica...

—¡Cállate! ¡Lo ha hecho él; son sus padres, su esposa, sus hermanos... Los ha matado y embalsamado, como si fuesen piezas de caza! ¡No puedo soportarlo, no puedo quitármelos de la imaginación, con sus horribles caras! ¡Especialmente los niños, parecían pequeños diablos, parecían...!

Tomó una curva, yéndose hacia la cuneta, y John gritó:

—¡Cuidado! ¡No aceleres tanto, chico!

Robert pisó el freno cuando ya salía de la curva, y el coche patinó sobre el asfalto, cruzando de un lado a otro, como un bólido. John se aferró al volante, pero al aterrorizado joven le dio un codazo, gritando histéricamente, diciendo que era muy capaz de hacerse con el coche.

El vehículo se salió de la carretera, rodando velozmente sobre el césped. Rozó un árbol y, al saltar una pequeña zanja, perdió un embellecedor de rueda, que salió disparado como un proyectil, segando la maleza.

—¡Quita el pie del freno, gira en la misma dirección, o de esta nos matamos! —gritaba John.

El coche, tan enloquecido como su conductor, saltó de nuevo a la carretera. Parecía que nunca iba a terminar aquello. El vehículo ya no estaba frenado y se lanzó velozmente por la margen derecha.

—¡No aceleres ahora, chico, vete soltando, vete soltando, ya lo tenemos! —decía John.

Robert no obedecía. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba pisando la placa del acelerador. Por el arcén les precedía un enorme camión tanque. John se dio cuenta del peligro, quiso mover el volante, pero ya era tarde.

El enloquecido Robert lo mantenía cogido con fuerza, desviándose poco a poco hacia el arcén.

John vio cómo la parte posterior del tanque parecía abalanzarse sobre ellos. Instintivamente se echó hacia atrás. Luego tuvo un reflejo y se dobló sobre el asiento, cogiéndose la cabeza entre los brazos.

Robert no se movió. Miraba fijamente al frente. No veía al camión, sino a los niños de la «Casa Gris», que parecían pequeños demonios, o monstruos de otro mundo.

El impacto fue terrible, porque el coche circulaba a doble velocidad que el camión. Inmediatamente después del golpe, el coche retrocedió, rebotando, mientras el camión empezaba a detenerse.

Todo el morro del automóvil se había plegado, y parte del motor había penetrado en el habitáculo. John recibió un terrible golpe en las piernas, pero no perdió el conocimiento. Mientras una lluvia de cristal pulverizado caía sobre él. Pudo ver a Robert, con la cara ensangrentada, recostarse en el asiento. Por un verdadero milagro, también el joven estaba consciente, con los ojos muy abiertos, la cara desgarrada por las cortaduras.

John gimió.

—¡El contacto, quita el contacto, no puedo moverme! ¡Muchacho, por Dios, el contacto!

Robert giró un poco la cabeza. Su pecho había cambiado de forma, estaba hundido. No dijo nada, su mirada era turbia. John tenía los brazos libres, pero sus piernas seguían aprisionadas por la cola del motor. Y ahora sentía algo caliente correr entre ellas. No sabía si era su sangre, o quizá... ¡gasolina!

—¡Oh, tengo que salir, es preciso!

Alargó el brazo izquierdo para llegar hasta la llave del contacto, pero Robert se lo impedía. Oyó gritos que le parecían muy lejanos, y que se producían en la cabina del camión. Luego, como entre sueños, pudo ver que la parte trasera de la cisterna se había roto. El juego de tomas y llaves estaba ladeado, y de allí caía al

suelo un chorro de líquido azulado, que corría sobre el asfalto. ¡Que corría hacia ellos, hacia su coche!

—¡Robert, escapa, déjate caer sobre la portezuela, sal como puedas, eso es gasolina, va a arder en cuanto toque nuestro motor!

El motor del turismo estaba apoyado sobre el asfalto, humeando, y John veía saltar chipas del sistema eléctrico. Tiró de sus piernas, sintiendo un dolor espantoso, escuchando cómo sus huesos se quebraban, atravesados por el acero. El dolor ascendía velozmente, atenazaba su estómago, le impedía respirar. Al llegar a la cabeza estalló como una descarga eléctrica. Y John rugió, cerrando los ojos.

—¡Maldita sea, se van a ahorrar mi jubilación!

Robert gemía. El viejo policía se olvidó de su terrible dolor, del ruido de sus huesos que se quebraban como astillas secas, hiriendo carne macerada y destrozada. Puso su mano izquierda en el cuerpo de Robert, empujando con todas sus fuerzas, tratando de echarlo sobre la portezuela.

—¡Haz un esfuerzo, chico, abre la puerta, déjate caer, sal o morirás!

Robert le miró, murmurando, roncamente.

—Parecían... monstruos... en esa casa vive el diablo, ¡el mismo diablo!

John lanzó un alarido, porque ante el coche se alzaba bruscamente una fina y azulada llama. Oyó gritos, tres hombres venían corriendo. El policía se echó hacia atrás, murmurando:

—¡Ya es tarde!

De pronto, la pequeña llama se volvió roja, de un brillo cegador, como el de los relámpagos en las noches de tormenta. Avanzó hacia el coche, pareció replegarse un instante e, inmediatamente, se produjo un estallido no muy violento, y el velo ardiente envolvió el vehículo por completo.

Los dos hombres fueron cegados, el calor les aturdió, más aún que las heridas. Luego, las llamas penetraron en el habitáculo, como veloces serpientes, por el hueco del parabrisas, apoderándose de ellos, haciendo saltar sus ojos, consumiendo en un instante su pelo. John gritaba. Todavía hizo un intento para lanzar fuera del coche a su compañero, pero su mano quedó pegada al cuerpo del joven, y se fundió con él cuando el fuego era ya ellos mismos. Casi al momento, el depósito de combustible del coche saltaba como una bomba, y los hombres que se acercaban corriendo tuvieron que detenerse.

Traían extintores. Después, otros coches se detuvieron aportando algunos más. Regaron de espuma la gasolina que ardía

sobre el asfalto, y que continuaba cayendo del tanque y la espuma, al apagarla, logró que el fuego se desviase hacia la cuneta, donde prendió en la maleza.

Luego se dedicaron al coche, a los dos hombres. Cuando las llamas quedaron apagadas, alguien dijo, viendo a los dos policías atrapados en el interior del vehículo.

—¡Es espantoso. Parecen... momias, monstruos, seres de otro planeta!

El fuego desviado a la cuneta continuaba avanzando por ella. Cuando alguien lo advirtió, ya era tarde. Estaba ahora retrocediendo hacia el tanque y tras ascender por el chorro que caía por la brecha, penetró en el interior...

La explosión fue terrible. Miles de litros de gasolina inflamada, y trozos de chapa de acero, eran lanzados en todas direcciones.

Los coches y las gentes que se habían detenido fueron barridos, arrojados lejos, algunos corrían envueltos en llamas. Un verdadero infierno se apoderó de la carretera.

Los dos niños que construían un planeador sobre la alfombra de una suntuosa sala de «La Casa Gris» continuaban como horribles piezas de museo, ajenos a que su imagen habían causado aquella catástrofe.

Nels estaba en aquel momento hablándole a su madre.

—Te diré algo, mamá. Esos policías me parecieron muy torpes. ¿Que sólo son buenos para poner multas de tránsito y ayudar a los niños a cruzar las calles? Seguro; eso mismo pienso yo, mamá. Mañana iré a quejarme a su jefe. Sí, eso es lo que haré.

CAPITULO 7

DEL despacho interior llegaban voces de hombres, voces airadas y furiosas. Luego, la puerta se abrió, y un hombre salió del despacho cerrando de golpe. Se fue a toda prisa. Al pasar junto a la mujer que, sentada en una silla de la oficina, esperaba, la tropezó, sin molestarse en ofrecer disculpas.

La mujer dijo.

—Parece muy enfadado.

Se encontraba ante una pequeña barandilla, al otro lado de la cual una joven trabajaba, escribiendo a máquina. La joven dijo:

—Está muy nervioso, como todos. Ha sido algo terrible, varias personas abrasadas, un accidente espantoso. Dos de ellas eran policías, supongo que ya lo sabrá usted.

La mujer asintió.

—Sí, me lo han contado. Terrible. Pero, no obstante, yo tengo que ver al Comisario, y no puedo permanecer aquí sentada todo el día. Es de mucha importancia, de verdad.

La empleada se encogió de hombros.

—No va a poder ser, ya se lo advertí. De todos modos, probaré de nuevo...

Pulsó el intercomunicador y se escuchó una voz ronca.

—¡No me molestes! ¡No estoy para nadie!

—Jefe, se trata de una señora, dice que es algo importante...!

Se oyó una maldición y, casi al momento, se abrió la puerta. El Comisario, muy irritado, salió del despacho, encarándose con la mujer sentada en la silla.

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Ha perdido a su perro? ¿Le está molestando un obseso sexual por teléfono? ¿Sus vecinos ponen demasiado alto el volumen de la televisión? ¿O acaso le robaron las rosas de su jardín?

La mujer se levantó. Era alta y, si el Comisario no hubiera estado tan nervioso, habría advertido que tenía una magnífica figura, y que era realmente bella. Una belleza serena, natural, con el aplomo de los cuarenta años. Tenía la piel suave, limpia.

—Me llamo Dona Ronald, Comisario, y no soy una mujer histérica. No vivo aquí en realidad. Soy la hermana de Lewis Ronald, inspector del Departamento de Educación, un hombre que ha desaparecido, como usted debe saber, puesto que presentamos la denuncia.

El Comisario se sofocó un poco. Volvió la cabeza, mirando para su despacho, entre impaciente y distraído.

—Sí, Ronald, recuerdo. Perdone mis palabras. Haga el favor de pasar aquí. Se lo ruego, siéntese.

La condujo al otro lado de la barandilla, indicándole una silla que estaba ante una mesa de despacho. El dio vuelta a la mesa, sentándose al otro lado.

Dona dijo:

—Gracias. Estoy buscando a mi hermano. Como puede suponer, nos hemos cansado de esperar noticias de alguien, de él mismo, de su oficina, del departamento de personas perdidas. Por eso he venido aquí. El desapareció en esta zona, ¿no es así?

—No tenemos dato alguno, señorita. Sólo sabemos que su coche fue encontrado en un aparcamiento, con las llaves puestas. Al parecer estuvo varios días allí, hasta que el vigilante nos avisó. Pero no encontramos nada, no había realmente en él nada revelador. El coche está en nuestro garaje, podrán retirarlo cuando lo autorice el juez. Lo siento, señorita. Todos los días alguien desaparece en condiciones parecidas. Quizá voluntariamente, es imposible saberlo. Su hermano no estaba en ningún hospital de la zona. Lo cierto es que después de dar cuenta del hallazgo del coche a Los Angeles, archivamos el asunto.

Dona asentía.

—Todo eso lo sé. Pero Lewis no había venido caprichosamente aquí. Estaba trabajando, inspeccionando casos de su oficina. ¿No han preguntado a las personas a que debía visitar?

—Naturalmente que sí. Nos enviaron la lista de entrevistas que debía efectuar, por causa de los niños que no van a la escuela, o que tienen alguna dificultad, cosas así. No nos sirvió. Había hecho todas las visitas y en ningún sitio estuvo más de media hora. Al parecer, desapareció después de terminar su trabajo. Era soltero, ¿no? Bueno, en las proximidades del aparcamiento donde encontramos su coche existen varios lugares de diversión. Quizá aquella noche él conociera a alguien... Preguntamos, desde luego, nos enviaron su fotografía. Nadie le había visto, pero eso no quiere decir que efectivamente no le vieran. Sepa que en cuanto se muestra una fotografía a alguien relacionado con determinados lugares, todos suelen perder la memoria. En fin, no hay ningún indicio de delito, ni de accidente. En este último caso habría aparecido el cuerpo. Se trata, pura y simplemente, de una desaparición más. Lo siento, señorita. Sé que es muy duro para los familiares aceptarlo. Ahora, le ruego que me disculpe, tenemos un grave asunto, he de ocuparme de...

—¿Podría darme una copia de esa lista de visitas, Comisario? Si yo la pidiera a la oficina de Lewis, me la darían, pero perdería tiempo.

El Comisario dudó unos momentos. Se hubiera negado de no estar tan deseoso de marcharse. Las voces en la oficina volvían a

alzarse. Hizo un gesto de indiferencia.

—¿Por qué no? Berta, busca en el expediente de Lewis Ronald, y dale a la señorita una copia de su lista de visitas. Buenos días, señorita Ronald. Le deseo suerte. Pero no se angustie demasiado, nadie puede saber qué razón mueve a una persona a cambiar de vida de pronto. Y su hermano era un hombre libre y sin compromisos. Quizá descubra algo que no le agrade demasiado saber, créame. A veces es mejor olvidar.

Berta Ronald no le contestó. Estuvo esperando a que la empleada sacara el papel del archivo, lo pusiera en una copiadora, y obtuviera una copia. La tomó, mirándola rápidamente. Luego dijo:

—Muchas gracias.

* * *

Estaba terminando el día. Dona Ronald, cansada, quizá también decepcionada, se había sentado en una cafetería, tras del ventanal, y bebía café lentamente, mientras miraba a la calle con desánimo. Debía regresar a su casa en San Francisco para decirle a su madre que no había conseguido nada.

Un hombre pasó rápidamente ante el ventanal, desapareciendo. Mas, al momento, retrocedía, mirándola un instante. Dona no se había fijado en él. Tampoco advirtió que el hombre entraba en el local y, tras saludar a alguien, se acercaba a su mesa. Le vio al situarse ante ella.

—Señorita Ronald... Parece usted algo abatida.

La mujer alzó la cabeza. El hombre, fuerte, sonriente, que estaba al otro lado de la mesita, la miraba con interés.

—Perdone, Comisario... no le había conocido. Fuera de su oficina es usted distinto.

—¿Permite que me siente? No sé si me encuentra peor o mejor que en la oficina, pero la verdad es que usted es muy hermosa, y yo esta mañana, idiota de mí, no lo advertí siquiera.

—Estaba usted crispado.

—Demasiados problemas. Pero no hablemos de mis problemas, sino de los suyos. ¿Encontró algo?

—Nada. He sido una ingenua imaginando que podría descubrir pistas donde ustedes no las hallaron. Vi a todas las personas que mi hermano entrevistó. Es decir, a todas, menos a los últimos. No vi a la familia Marlin, no había nadie en la casa. Pero supongo que Lewis habló con todos ellos, hizo su informe y se fue. Se trata de gentes normales, aunque sus hijos tengan algún pequeño problema. Imagino que los Marlin también serán personas

normales.

—Sí. Hace algún tiempo que no los veo, excepto al hijo mayor. Pero son gente pacífica, y de una gran fortuna. Ya lo advertiría usted. Gente muy normal, a pesar de su casa.

—¿A pesar de su casa? No comprendo lo que quiere decir.

El Comisario rió. Le habían servido café.

—Me refería a «La Casa Gris». Una maravilla, la mejor de la zona. Pero la gente de por aquí, la gente de alguna edad, o los que gustan de escucharles, como yo, siente cierto recelo por esa casa.

Dona, pese a su cansancio, rió.

—¿Acaso tiene fantasmas? ¿Una leyenda?

—No, no se trata de ningún castillo irlandés. Aunque usted ya sabe cómo todos gustamos de identificar las casas con sus habitantes, de conferirles personalidad. Por otra parte, en «la Casa Gris» han sucedido algunas cosas.

—¿Crímenes? ¿Quizá está relacionada con algún delito?

—No. La historia de la casa está relacionada con la locura, lo que resulta aún más absurdo. El edificio se construyó en los años veinte, en la época romántica de Los Angeles, las fortunas rápidas, las vampiras del cine mudo. Era la época de los alardes y se construían grandes mansiones de estilos europeos. Esta la levantó un tal Louis Wakelin, enriquecido muy deprisa con negocios de terrenos. Se había enamorado de una jovencita ingenua cuando tenía casi cincuenta años y, para deslumbrarla, mandó edificar «La Casa Gris», amueblándola con mucho lujo. Mi padre se relacionó con él por algunos negocios. Le oí contar la historia muchas veces.

—Una vieja historia. Ella escapó, y el pobre hombre se volvió loco. La casa era ¡nocente del drama.

—No fue tan sencillo. La mujer de Wakelin no se marchó. Eso sí que hubiera sido una locura. Recuerde que él tenía mucho dinero. Y cincuenta años, claro. Lo que sigue son sólo conjeturas, aunque todos aquí estuvieran seguros de que había sucedido así. La joven y bella esposa de Wakelin quería el dinero, y no quería al marido. Además, había otro hombre, un hombre joven. Wakelin daba muchas fiestas, venía gente del cine y del mundo de la moda. Al parecer, Wakelin, que era un hombre duro para los negocios, era un pobre memo en manos de su mujer, y no se daba cuenta de nada. La creía ¡nocente y leal. Un día, ella tuvo un accidente casero, una caída o algo así, y se desmayó. Wakelin sufrió tal emoción, se puso tan nervioso, que fue víctima de una especie de ataque.

—No era tan fuerte como parecía. Quizá su agresividad en los

negocios era sólo una defensa que disfrazaba a un hombre enfermo —opinó Dona, pensativa.

—Seguramente. Pero la joven señora Wakelin ideó un plan maquiavélico. Cada vez con más frecuencia sufría dramáticos desvanecimientos que la dejaban como muerta, siempre, naturalmente, en presencia del marido, y en los momentos más inesperados. Cuando llegaba el médico, avisado por el angustiado esposo, ella no tenía nada. El médico hablaba de algo sicosomático y cosas así. Wakelin empezó a no dormir, porque a veces ella «se moría» a media noche. Dejó su trabajo, para no estar lejos de su joven esposa. Hasta que llegó el día en que ella lanzó un grito horrible en el vestíbulo, y cuando él salió de su cuarto la encontró caída al pie de la escalera, desmadejada, con los ojos muy abiertos. Wakelin fue dominado por la desesperación, echó a correr, atravesando una vidriera, y siguió corriendo por todo el jardín, gritando alocadamente. Cuando pudieron detenerle estaba cubierto de sangre, y destrozando a golpes un coche. No fue fácil inmovilizarlo. Se había vuelto loco, y tuvieron que reducirle a la fuerza, meterlo en una ambulancia, y llevárselo a un hospital. Sorprendentemente, su esposa no se había hecho ni un rasguño en la caída.

—¿Qué sucedió después?

—Esa pregunta resulta ingenua. Ella consiguió una declaración de incapacidad, otra para retenerlo en una institución, y se fue de aquí con su joven amigo para disfrutar de la fortuna de Wakelin. El desdichado fallecería poco después, y la casa quedó vacía durante mucho tiempo. Todos la miraban con recelo a causa de la triste historia del dueño. Yo ya había entrado en la policía cuando la casa fue comprada, a través de una agencia inmobiliaria, por una familia: una viuda llamada Charlene Murphy, de alguna edad, con tres hijas y un yerno. Esto fue por los años cincuenta, y para entonces aquella gente tuvo que gastar mucho dinero en pintar y reparar la casa, instalar modernos sanitarios, nueva calefacción. Eran gente de mucho dinero, sin duda, hacían pedidos fastuosos, recibían a muchos amigos que llegaban desde lejos. De nuevo «La Casa Gris» volvía a tener vida.

—Entiendo. Y entonces, alguien de la nueva familia se volvió loco, como Wakelin. Supongo que usted ya imaginará que Wakelin tenía una locura incipiente antes de entrar en esa casa.

—Probablemente. Pero la familia Murphy resultaba el modelo de familia americana, sana y feliz, todos rubios, extrovertidos, tradicionales. Y durante algún tiempo fueron así; se les veía constantemente por todos lados haciendo amistades. Luego fueron alejándose, es decir, no acudían a reuniones ni a visitas. Las dos

hijas solteras, que en un principio eran muy alegres, pasaban luego por aquí en sus coches velozmente, sin mirar a nadie. Habían dejado de reír y estaban pálidas. Por los criados se supo que la señora Murphy había cambiado mucho. Perseguía a sus hijas, tenía miedo de que se las sedujesen. De pronto se había vuelto temerosa de la virtud de las muchachas, cosa que antes no le había preocupado en especial. Luego llegó incluso a encerrarlas en el edificio, y despidió a todos los servidores masculinos.

—Tendría alguna experiencia; a veces...

—Era la casa. Al menos, eso decía la gente. La casa había vuelto loco a un hombre tan sereno como Wakelin, y estaba trastornando a la señora Murphy, que parecía la representación del sentido común. ¿Por qué no aceptarlo? Existen casas en las que el asesinato se produce en serie, porque están malditas. Esta es la base de muchas supersticiones populares. Estamos en una época muy positivista, pero las gentes, cuando se apaga la luz de su cuarto, se encuentran igual que en plena edad media. Viéndose solos en la oscuridad, todos los temores ancestrales se reavivan, en forma de pesadillas, de obsesiones. Ahora se vuelve a creer en la brujería clásica, en el poder maligno del diablo. Para muchos es una moda original, pero cuando se dedican a alguna payasada diabólica, en el fondo, todos temen que de verdad el diablo se les aparezca. En lo más hondo de su pensamiento, todos aceptan el poder de la maldición, por eso se usan tantos amuletos. La llamamos mala suerte o algo así, pero nos referimos a la maldición, a un misterioso poder que nos persigue. De ahí que temblemos si rompemos un espejo y todo eso. ¿Por qué le extraña que la gente imagine, aunque sonría al comentarlo, que una casa puede estar maldita, y que quienes permanecen entre sus muros se arriesgan a ser asesinados, a desaparecer misteriosamente, o a enloquecer sin motivo alguno?

—A mí eso no me extraña nada. Y comprendo que una simple coincidencia, aunque desdichada, se interprete de ese modo. Naturalmente, sospecho que esa pobre mujer enloqueció también.

—Sí; de un modo total. De pronto ella cerró su casa a todos los visitantes masculinos que podían violar a sus hijas, y encerró a las muchachas como en un convento. No permitía que le enviasen los pedidos utilizando hombres, sólo mujeres. Hasta que un día se dio cuenta de que el marido de su hija mayor era también un hombre. Un hombre precisamente muy tranquilo, que se reía de las «manías» de su suegra. Y cuando una noche el hombre bromeaba inocentemente con una de sus cuñadas, la señora Murphy trató de apuñalarlo por la espalda. Le persiguió por toda la casa con un gran cuchillo de cocina. Daba grandes gritos, le dedicaba insultos

feroces. Al otro día se la llevaron a un Sanatorio. De momento, los hijos quedaron en la casa, pero pronto alguien, algún imbécil, les habló de la locura de Wakelin, de que el edificio tenía una maldición, o quizá lo maldito fuese el lugar sobre el que estaba edificado. ¿Por qué no suponer que en aquella colina habría un enterramiento indio, por ejemplo, y que los indios muertos harían enloquecer a quienes profanaban su sosiego? No se ría. Eso y mucho más se dijo aquí cuando los Murphy dejaron la casa y la pusieron en venta. Y como se decía sin el menor disimulo, varios presuntos compradores desistieron de adquirirla, aunque era una gran casa y tenía buen precio.

—Lo que indica que ellos también, aunque no creyesen en las maldiciones ni en los espíritus indios, preferían irse a vivir a otro lado, por si, pese a todo, había algo de cierto en esa historia.

—Exactamente. Desde entonces «La Casa Gris» sigue aureolada por esa fábula. ¡Una casa que produce la locura de quien vive en ella! Exactamente, de un miembro de la familia que vive en ella. Los actuales propietarios, los Marlin, familia de petroleros, vencieron esos temores, o quizá nunca oyeron la historia, después de tantos años... De todos modos, ya ve, han demostrado que eso era sólo una leyenda. Forman una familia encantadora, un matrimonio con tres hijos, dos niños gemelos y un joven muy agradable. No ha sucedido nada desde que viven ahí, todo es normal, son felices, y la locura parece tan lejana a ellos, como para mí lo es la tranquilidad en estos días.

Dona sonrió, pensativa.

—Sí, pero hace meses que los niños no acuden al Colegio, por esa razón mi hermano tenía una denuncia que debía investigar. Quizá eso no sea tan normal. Mañana iré a verles porque, al fin y al cabo, esa fue la última casa que Lewis visitó antes de desaparecer.

—Salude usted a los Marlin en mi nombre. Dígales que se cuiden de arreglar el asunto de los niños. Bueno: ¿Por qué no cena conmigo, señorita Ronald? Estoy libre de servicio, y podría mostrarle las bellezas de nuestra comunidad.

Dona sonrió.

—De acuerdo. ¿Por qué no? Nunca he cenado con un Comisario que cree en las maldiciones.

CAPITULO 8

AL día siguiente, Dona se levantó tarde. Se sentía avergonzada. Ella siempre acostumbraba a madrugar. Pero la noche anterior...

—Ese Comisario es el hombre más encantador que he conocido. Aun así, no debí permitir que me llevase a bailar a un sitio y a otro. Pero él dijo que necesitaba distraerse, olvidar la tragedia ocurrida a sus hombres... Y además yo quería ir. Creo que, por otra parte, bebí demasiado.

Estaba aturdida. Miró el teléfono. ¿Estaría ya en su oficina el Comisario? Pero era ridículo, no debía llamarle. El había sido amable con una forastera que se encontraba sola, y nada más.

Lo cierto fue que Dona no salió del cuarto del hotel, aunque pensaba visitara los Marlin. Permaneció allí, no lejos del teléfono, hojeando revistas. Al fin, el teléfono sonó, y la agradable voz del Comisario le hizo sonreír.

—No puedo moverme, ni invitarla a comer. Esta noche, además, tenemos una reunión latosísima sobre ese accidente de la carretera. Lo siento, Dona, no estoy disculpándome, dígame que no se irá todavía, espere al menos hasta mañana...

Dona dijo que no sabía lo que haría, y finalmente admitió que quizá se quedase, a menos que alguna imprevista noticia sobre su hermano la obligase a marchar.

—¡Estupendo! La llamaré mañana. Dona.

La mujer se tendió en la cama, feliz. ¿No era una tontería? Ya no tenía la edad de una niña romántica, y el Comisario incluso podía estar casado; ni siquiera se lo había preguntado.

—No lo está, lo sé. Es libre.

Se metió en la ducha. Luego, tras ponerse su mejor vestido, decidió ir a visitar a los Marlin. Al salir del hotel advirtió que el cielo estaba oscuro, pero aún así, como tenía ganas de caminar, en lugar de pedir un coche, preguntó por dónde se iba a «La Casa Gris». El hombre que le dio la información hizo un gesto de temor, y Dona rompió a reír, echando a andar de prisa.

El edificio era magnífico, y no respondía en absoluto a la imagen de las tétricas historias de terror. Aunque la tarde se había tornado desapacible, la casa resultaba agradable. Ante la puerta había un coche europeo.

Dona llamó, dos veces. Ya estaba temiendo haber perdido de nuevo el tiempo, cuando escuchó pasos en el interior. Después, la puerta fue abierta, y Nels Marlin apareció, con su amable sonrisa habitual. Sus ojos brillaron elocuentes al ver a la hermosa mujer, que estaba un poco sofocada por la caminata.

—Buenas tardes, señorita. ¿Qué desea?

—Desearía ver a la señora Marlin. O al señor Marlin.

Nels parpadeó, pasándose una mano por la frente.

—Soy su hijo. Nels Marlin.

—Yo me llamo Dona Ronald. Mi hermano Lewis ha desaparecido, y le estoy buscando. El estuvo en esta casa el día tres de abril. Debía visitar a varias personas, y...

—¿En esta casa? ¿Con qué motivo? No recuerdo a nadie llamado Lewis.

—Mi hermano es inspector de enseñanza. Estaba...

—¡Oh, sí, aquel amable caballero! ¡Pase si quiere, claro que estuvo aquí! ¡Pase...!

Dona entró en la casa en el momento en que estallaba un trueno lejano.

Nels comentó, disgustado:

—Truenos. Es lo malo de vivir en un Cañón como éste. Aquí las tormentas son impresionantes —hizo un gesto—. Venga, por favor, pase a esta salita...

La condujo a la sala familiar. Dona lo miraba todo con atención. Los divanes, el gran televisor, las butacas. No había nadie allí.

—Así que busca usted a su hermano. Eso quiere decir que él ha desaparecido. Lo siento, parecía un hombre serio.

Dona se sentó en el borde de una butaca. Había en ella una labor de punto abandonada. En el diván una pipa, y un libro cerrado. Y sobre la alfombra algunos juguetes.

—Es un hombre serio —dijo—. Tiene que haberle sucedido algo, señor Marlin. Esta era la última casa que él debía visitar aquel día. Al parecer sus hermanos pequeños faltaban al colegio, y...

—¡Qué tontería! Ellos van a diario, ya se lo dije a su hermano. Con esas máquinas que usan para ficharlo todo, se han debido equivocar. Mi madre les lleva todos los días. Hoy no, claro, porque es el cumpleaños de los niños. Son gemelos, ¿sabe?

Dona se sobresaltó. La relación de su hermano era muy clara, aquel hombre mentía, no había fichas, ni máquinas, se trataba simplemente de un informe de los maestros. Miró atentamente a Marlin y se dio cuenta de que su sonrisa era muy crispada, que movía las manos constantemente. Dona estaba ya segura de que Nels Marlin mentía.

—¿Le dijo algo cuando abandonó su casa, quizá a dónde pensaba dirigirse?

—No, nada —contestó Nels, con rapidez—. El se fue... sin decir nada, sí. Vio a los niños y se fue.

—¿No les hizo firmar un acta de visita?

Nels se sofocó, gritando:

—¡Vio a los niños y se fue! ¿Qué más quiere que le diga?

Sus ojos brillaban con ardiente fulgor. Dona tuvo un estremecimiento. ¡La casa que contagiaba la locura, aquella casa en la que al menos uno de sus habitantes se volvía loco!

—Perdone —susurró—. No pretendía molestarle. Con su permiso, le dejaré ya.

Nels se tranquilizó, volviendo a mostrarse dulce y amable.

—Espere, no le he ofrecido nada. ¿Le he dicho que hoy es la fiesta de los niños? Tenemos preparada una merienda. Por lo demás, no puede usted salir ahora.

Dona, que se había adelantado, sintió cómo Nels la cogía por un brazo con fuerza, y tuvo un instante de miedo. Dijo, en voz baja:

—¿Por qué no puedo marcharme?

El hombre sonrió.

—La tormenta. ¿Lo ha olvidado? Está diluviando, no puede usted irse. En estos sitios las lluvias son terribles, estamos en el fondo de un cañón, y en pocos minutos los caminos se inundan. Ni siquiera me atrevo a llevarla en el coche. Además, su visita me satisface, no habíamos tenido tiempo de invitar a nadie, y los niños se alegrarán mucho al verla. ¡Ah, qué horrible lluvia!

La lluvia, en efecto, golpeaba fuertemente contra la casa. Dona se arrepintió de no haber utilizado un taxi. Por otra parte ahora estaba casi segura de que su hermano había sufrido en aquella casa algún tipo de violencia. Era indudable que aquel extraño joven se enfurecía muy fácilmente. Demasiado fácilmente.

—Gracias. Es usted muy amable. Pero quizá sus padres no deseen la presencia de extraños.

—¡Tonterías! ¡Venga, venga conmigo...!

La mano que apretaba el brazo de Dona no era suave ni amistosa. La mujer miró hacia la puerta de la calle cuando cruzaban por el vestíbulo. Quería huir, pero, al mismo tiempo, presentía que el misterio de la desaparición de su hermano estaba en aquella casa. Y deseaba develarlo.

Se dejó llevar hacia una gran puerta, que Nels abrió. Ahora, los truenos sonaban en el mismo cañón, y el eco los repetía. La lluvia azotaba ventanales y muros.

Dona penetró, levemente empujada, en un comedor fastuoso, con muchas luces. Había candelabros sobre una larga mesa, cubiertos de plata, cristal europeo... Apenas avanzó un paso, se detuvo, inmovilizada por el terror más absoluto, un terror que la mareaba.

En torno a la mesa estaba la familia Marlin. El padre en la

cabeza, a sus lados dos mujeres, luego los niños. Una de las mujeres, la más joven, presentaba un aspecto mejor. Los otros... espantaba mirarlos.

El padre quedaba frente a Dona, parecía observarla con las vacías cuencas de sus ojos. El rostro se estaba desmoronando, aflojándose. La boca aparecía abierta, y el labio inferior muy caído, mostraba la negrura de las encías. La madre estaba inclinada sobre la mesa, apoyada en ella, y el pelo se le desprendía a trozos, colgaba, dejando ver el oscuro cráneo.

En cuanto a los niños, en ellos el horror era aún mayor, su pequeñez hacía doblemente repulsivos los rostros embalsamados, que muy rápidamente estaban perdiendo su forma.

Nels Marlin la miraba atentamente. En el proceso de su locura había llegado a un increíble matiz. Pasaba de la lucidez a la enajenación en segundos. Dentro de la casa, Nels era una bomba que podía estallar en cualquier momento, se volvía violento y salvaje a la menor irritación.

Miraba a Dona porque, aun cuando creía viva a su familia, y en ello consistía su locura, tenía breves instantes en que se daba cuenta de la realidad, esperando anhelante entonces que los visitantes se horrorizaran, para atacarles con furor. Era en aquellos instantes en que se volvía un loco feroz y sanguinario, cuando su sonrisa y sus miradas se hacían más crispadas. Miraba a Dona, esperando su respuesta. La mujer, por fortuna para ella, sabía ya con qué clase de enfermo se enfrentaba y, por tal motivo, pudo contener sus deseos de gritar, pronunciando ahogadamente unas palabras.

—Perdonen... perdonen esta intromisión. El señor Marlin me ha pedido que pase a... a saludarles. ¿Cómo están ustedes? Me llamo Dona Ronald.

El rostro de Nels se distendió, radiante de alegría.

—¡Mamá! ¿Te acuerdas de aquel amable caballero que vino preguntando por los niños? El creía que no iban a clase, ¿recuerdas? La señorita es hermana suya. ¿Verdad que es muy bella? ¡Ah, Jocelyn, no seas celosa! —se volvió hacia Dona, presentando, cortés—. Ella es Jocelyn, mi esposa... Venga, siéntese aquí, junto al pequeño Robert. Yo les serviré a todos, la doncella se fue, una historia lamentable, se llevó todas las joyas de mamá. Pero, por favor, siéntese. Robert es el más tranquilo de los dos, no le molestará.

Dona tomó asiento, lentamente, junto a una de aquellas monstruosas criaturas. Su olor la envolvía, provocándole náuseas. No miraba a nadie, procuraba mantener la vista fija en la mesa. Nels empezó a moverse de un lado a otro, con mucho

nerviosismo.

Era todo espantoso. Sobre los lujosos platos, el loco iba colocando una masa de varios colores que debía ser un pastel casero. Y, mientras lo hacía, hablaba con los cadáveres, reía alegremente, les preguntaba si estaba bien aquello, y si querían más...

—Señorita, coma algo, este pastel lo ha preparado mamá, es muy buena...

Dona miró fugazmente a la madre de Nels. Cuando el joven movía la mesa, ella se balanceaba y parecía a punto de caer. Lo más terrible fue cuando Nels, siempre riendo divertido, pretendió que la señora Marlin comiera un poco, y tomando él mismo porciones del dulce, se lo fue colocando entre los labios retorcidos y resecos.

La pasta resbalaba sobre la barbilla. Una valiosa copa de cristal tallado cayó al suelo, rompiéndose con bastante ruido.

Nels hablaba a gritos, se estaba excitando mientras ayudaba a su madre a comer.

La escena resultaba increíble, repugnante, la mezcla de olores fuertes y desagradables producía mareo. Dona pensó en echar a correr, pero sabía que el hombre la alcanzaría y seguramente entonces se volvería muy violento.

—Quizá... mi pobre hermano no tuvo serenidad. ¿Cómo iban a acudir los niños al Colegio? Llevan muchos meses muertos, mi hermano fue asesinado por este loco, el tercer loco de esta casa maldita, y el más terrible de todos ellos...

Nels, siempre riendo, hablando cada vez en tono más agudo y excitado, bromeaba con sus familiares. Luego trajo una gran jarra con algo parecido a un ponche, y le sirvió a Dona, invitándola de nuevo a comer y a beber.

Dona lo hizo, despacio, conteniendo las náuseas. El dulce y la bebida tenían sabores espantosos y en todo momento, temía ser envenenada o drogada. Cualquier cosa era posible en aquel lugar imposible.

Después de merendar. Nels puso música, e incluso se acercó a su esposa para invitarla a bailar.

—Vamos, bien te gustaba bailar en Las Vegas, Jocelyn. ¿Por qué no quieres hacerlo ahora?

Dona temió que la alzara de la silla. Pero en Nels, en su locura, había una cierta lógica, una cierta contención, como si en el fondo él supiera bien cuál era la realidad.

Se apartó de Jocelyn e invitó a bailar a Dona. Ella se negó pero cuando Nels puso sombríos los ojos y repitió la invitación, chillando, se levantó de la silla a toda prisa.

—¡Es usted muy agradable, Dona; y muy bella! ¿Dice que su hermano ha desaparecido? Volverá. Se tratará de una escapada inocente, no se preocupe. Baila usted muy bien. Dona. ¿Verdad que baila muy bien, mamá? ¿Qué os parece? ¡Fijaos, niños!

La obligó a bailar durante mucho tiempo. Parecía incansable. En algunos momentos hablaba razonablemente, era amable y casi delicado. En otros, su voz se volvía chillona y amenazadora. Entonces exigía, se movía con brusquedad...

Dona sentía deseos de llorar. Estaba bailando con un loco, y en compañía de cinco cadáveres. Y su instinto de conservación la obligaba a afrontar con valor aquella mascarada. Sólo trataba de salvar su vida.

Pensaba en el Comisario. ¡Ah, si ocurriera el milagro de que él llegara en su busca!

Nels lanzó de pronto un grito de alegría y la soltó al fin, exclamando:

—¡Estoy rendido! ¡Qué forma de bailar!

Dona murmuró:

—Yo también estoy cansada. Es una fiesta... encantadora, pero tengo que irme ya.

Nels descorrió de golpe una cortina. La lluvia continuaba creyendo con fuerza, y los truenos sonaban como si en el propio cañón estallasen las descargas eléctricas.

—¡Imposible, señorita! ¡Somos gentes civilizadas, usted se quedará aquí esta noche! En nuestra casa hay muchas habitaciones disponibles.

—Preferiría no molestar. Si pudiera llamar por teléfono...

—¿A quién? —preguntó Nels, receloso.

—Pues, al hotel donde me alojo. Por lo menos les diría que...

—¡El teléfono está averiado, lo estropearon esos ladrones de las joyas! ¡Y la policía no hace nada! ¡Es indignante! ¡Indignante y repugnante!

Golpeó con un puño en la mesa. Los cadáveres se movieron, como si asintieran a sus palabras. Dona miraba, obsesionada la mesa: todo estaba manchado de pastel, se había derramado el ponche, las manos sarmentosas y crispadas de los cadáveres destacaban como en una pesadilla, junto a la reluciente plata y los cristales de Bohemia...

Iba a desmayarse. Estaba llegando al límite de su capacidad para contener el miedo y la repugnancia. Y sabía que cualquier demostración de rechazo podía enfurecer a Nels Marlin, llevándolo al máximo de su peligrosidad.

Por fortuna para ella, Nels decidió.

—¡Venga, la acompañaré a su cuarto, señorita! ¡Usted no saldrá

de aquí hasta que la tormenta cese!

Tomándola por una mano, siempre con aquella brusquedad que se apoderaba de él en determinados momentos. Nels la sacó del comedor, llevándola hacia la escalera. Todo estaba sucio, con mucho polvo, en realidad, nadie lo limpiaba, ni siquiera Marta lo había hecho antes de escapar. Dona no ofrecía resistencia, trataba de que Nels se calmase porque ya no cabía ignorar su enorme grado de locura.

Una vez arriba, Nels abrió varias puertas, hasta que al fin dijo:

—Aquí podrá descansar, señorita. Somos gente hospitalaria los Marlin, usted ha venido andando, cuando ya no haya peligro yo mismo la llevaré a la ciudad. Pero hasta entonces no se le ocurra marcharse sin avisar, sería peligroso. ¡Muy peligroso!

Dona vio su mirada alucinada, y se convenció de que Marlin no iba a dejarla salir de la casa, después de lo que ella había visto. Por lo tanto,... su hermano tampoco habría salido nunca de allí.

Tuvo de nuevo ganas de gritar, de acusarle, pero con un enorme esfuerzo se contuvo. Si había sido capaz de contenerse en el comedor, ante los cinco cadáveres, tenía que volver a serlo entonces. Asintió, diciendo con voz ahogada:

—Es usted muy amable. Estaré muy bien aquí. Siento causarles tantas molestias.

Nels volvió a ser dulce y cordial.

—No es nada, estamos un poco apartados, nos gustan las visitas. La tormenta va a durar toda la noche y, en cualquier caso, habrá que esperar a que los caminos queden libres de agua. ¿Necesita algo?

—Nada, muchas gracias.

—En ese armario tiene ropa, seguramente encontrará ropa que ponerse para dormir. Antes venía mucho por aquí una amiga de mamá. Llame si quiere algo, ¿prometido?

Dona asintió, y el hombre la dejó sola, cerrando la puerta. Dona se echó entonces a llorar, agitadamente. Estuvo esperando, y luego probó a abrir la puerta. Curioso: ¡No la había encerrado!

—Podría intentar huir, bajando con cuidado, sólo es preciso cruzar el vestíbulo y llegar a la puerta de salida.

Pero tenía miedo a que el loco se diera cuenta, en cuyo caso nada contendría su violencia. Y además, ciertamente, la noche era terrible; la lluvia no cesaba, y los truenos tampoco. De vez en cuando, los relámpagos lo iluminaban todo con luz violácea, y la casa entera parecía temblar con el estallido de los truenos.

Dona cerró la puerta, respirando con agitación. Vio que disponía de un gran cerrojo, y lo corrió, sintiéndose más segura. Entonces contempló la habitación. Era agradable, no había en ella

nada tétrico, aunque todo estaba cubierto de polvo.

—Nada de paneles ocultando puertas, ni tapices cubriendo huecos —pensó, sonriendo con esfuerzo, crispadamente.

¡El Comisario! y la gente de la ciudad, que consideraban a la familia Marlin como absolutamente normal! ¡Era increíble!

—Sin duda, es cierto: esta casa produce la locura en sus habitantes.

Tanteó la ventana. Tenía un cierre seguro, y además era muy alta. Dona Ronald estaba agotada. Apartó la cubierta de la cama. Bajo ella había una manta libre de polvo, y se tendió, temblando, sin saber qué hacer. Hubo un trueno terrible y se estremeció. Casi sin darse cuenta, y pese a su extraña situación, quizá por ello, se quedó dormida.

CAPITULO 9

DONA Ronald despertó cuando el sol le daba en los ojos, lo que quería decir que había dormido pesadamente durante muchas horas en aquella extraña casa, dominada por un loco y habitada por cadáveres. Parecía imposible, pero el agotamiento nervioso había vencido su instinto, y por eso despertaba, casi de un sueño plácido, cuando ya había avanzado la mañana.

Se tiró de la cama, corriendo hacia la puerta. El pestillo estaba colocado; nadie había entrado pues en su cuarto. Ahora empezaba a dudar: ¿Había sido real la pavorosa escena en el comedor de la casa? Sí, lo había sido, y también los violentos cambios de actitud de Nels Marlin, sus alternativas entre la dulzura y el furor, su desequilibrio auténtico...

Fue hacia la ventana. No llovía. Por el contrario, lucía el sol. Pero había charcos y pequeñas inundaciones en torno a la casa. Y a lo lejos, allá donde el camino se perdía entre los árboles, el agua brillaba formando pequeños lagos.

En aquel momento llamaron a la puerta. Dona se sobresaltó, atravesando el cuarto para apoyarse en ella y sujetar el cerrojo con las dos manos, como si pudiera descorrerse desde fuera.

—¡Señorita Ronald! ¿Se encuentra bien?

Era él. Nels Marlin. Dona contestó, tratando de fingir naturalidad.

—Sí.

—No salga de la casa. Voy a examinar el camino, parece que está libre, pero prefiero no arriesgarme con usted. Iré en el coche, avisaré de que está aquí, y volveré a buscarla. Si no quiere esperar sola, baje a la sala, allí está ya la familia, podrá tomar algo con ellos.

—Sí... lo haré, gracias.

El hombre se fue y, efectivamente, poco después se escuchaba el ruido del motor del coche, que rugía junto a la casa, calentándose. Luego, el vehículo se alejó.

Dona estuvo alisándose la ropa maquinalmente, arreglándose el cabello. Temió que Marlin hubiera cerrado la puerta por fuera, pero, cuando recorrió el cerrojo, pudo abrirla fácilmente.

Ya en el corredor, se sintió dominada por el miedo. La casa estaba en penumbra y en el más completo silencio. Percibía el olor a balsámicos y a ácidos, el olor a «morgue», más imaginado que conocido.

Era una mujer valiente y estaba sola en la casa, con la «familia». En la casa de donde su hermano —ya estaba bien segura—, no había salido nunca.

Caminaba evitando hacer ruido. Iba abriendo las puertas de las habitaciones, ninguna estaba cerrada con llave. Sólo había en ellas polvo, y muy buenos muebles.

Luego descendió al primer piso. La puerta del comedor estaba entreabierta. Dona se aproximó con cuidado, mirando al interior.

Había alguna silla caída y, sobre la magnífica mesa de caoba, platos, cristalería, restos de dulces, todo muy revuelto, manchado. El mantel de hilo bordado colgaba hasta el suelo...

No era la mesa revuelta después de una fiesta. Había algo verdaderamente repulsivo en aquel abandono.

Dona retrocedió. Ahora escuchaba una suave música, luego oyó hablar. Era una voz risueña, reiterativa, que insistía en algo. Tuvo miedo, pero el tono de voz le era familiar, ella la conocía.

—Es la actriz del programa de la mañana, aconsejando en materias de hogar. Pero... ¿quién la escucha?

Dona atravesó el vestíbulo, atraída por la voz. Y así llegó a la sala, que tenía descorridas las cortinas, y estaba alegremente iluminada por el sol.

La «familia». Allí estaba: Todos reunidos, ocupados en caseras menudencias. Mirando fijamente el televisor, o la labor de punto, o el libro de estampas. Y los niños con su juego.

Dona Ronald se apoyó en el marco de la puerta, aturdida.

—Juega con ellos como si fuesen maniqués o muñecos, está obsesionado. El lado apacible de su mente lo lleva a soñar con escenas caseras, dulces y tranquilas... Pero cuando su locura se hace violenta, entonces puede llegar a todo.

No quería pensar en ello. Pero si Marlin había matado a los suyos, incluidos los niños, para embalsamarlos de mala manera, ¿qué habría hecho con su hermano? Lewis no era hombre capaz de contemporizar con un loco, habría visto a los niños y...

Dona se volvió.

—¡Tengo que encontrarle!

Sus ojos se habían cubierto de lágrimas, porque sabía bien cómo iba a encontrar a su hermano.

La planta baja la recorrió rápidamente. La inmensa cocina, con grandes despensas y una pequeña bodega con estanterías para botellas. Los roperos, y otras salas. Todo estaba sucio, abandonado, revuelto.

Llegó ante una puerta, que al ser empujada descubrió una escalera descendente. El rostro de Dona recibió una bocanada de aire frío.

—El sótano —murmuró.

Tanteando la pared pudo encontrar un interruptor. Lo pulsó, y la escalera quedó iluminada. Aquella escalera, por la que empezó

a descender, y el sótano, al que pronto llegaba, estaban limpios, en contraste con el resto de la casa.

Dona lo miraba todo atentamente. Buscaba. Tropezaba con las tuberías, iba rodeando estorbos. Cuando encontró un gran armario, lo abrió. Estaba repleto de herramientas, muy bien colocadas en sus ganchos. Menos una azada que no tenía soporte, y que resultaba extraña en el armario, porque era realmente una herramienta de jardín. Dona se inclinó, pasando los dedos por el filo de la herramienta. Tenía tierra pegada, tierra muy negra.

Dona volvía a llorar. ¿Para qué había podido usarse una azada? ¡Para cavar... una fosa!

Temblaba de angustia. Pensaba en el Comisario, era preciso que le avisase cuanto antes. ¡Ella escaparía de allí antes de que regresase Nels Marlin!

Dio un paso, tropezando con el borde de una de las losas del suelo. La miró a través de las lágrimas. La losa estaba perfectamente encajada, pero una esquina se alzaba ligeramente.

La mujer se puso de rodillas, pasando los dedos por el borde. Luego, también lo hizo por otras. El color de la tierra que las unía no parecía el mismo. Era más negro en la losa alzada. ¡Sí. Aquél era el mismo color negro que aún había en la azada!

Gimiendo quiso mover la losa con las uñas. Luego tomó la azada, y la usó como palanca. No tenía espacio para moverla. Jadeando insistió una y otra vez hasta que la losa se alzó al fin.

Entonces la puso a un lado. La tierra era muy negra y estaba comprimida, pero pese al peso de la losa, se había alzado un poco, como si algo la empujase desde abajo. ¡Como si fuese a estallar de un momento a otro!

Dona alzó otra losa. Y después otra más... Pronto empezaba a remover la tierra con la azada, con cuidado, poco a poco, por la parte en que la tierra parecía ir alzándose lentamente...

Estaba inclinada sobre la tierra, llorando. De pronto, la tierra, efectivamente, se alzó con fuerza, con un estallido apagado que produjo un escape de fétido gas. La tierra acababa de abrirse como en un pequeño cráter, e, inmediatamente, el hueco producido se cubrió de una masa blanca y movediza, que reptaba, saltaba, culebreaba...

Dona retrocedió, gritando de horror. ¡Eran gusanos blancos, nerviosos, formando una masa, lo que había brotado de la tierra, junto a una pestilencia espantosa que llenó todo el sótano!

La mujer se puso en pie, retrocediendo, sin dejar de gritar. Ahora los gusanos se deslizaban entre la tierra, desaparecían hundiéndose en ella ¡Y por el pequeño cráter brotaban otros!

Dona cerró los ojos. Pero ya no podía retroceder. Sujetó de

nuevo la azada y, apretando los dientes, conteniendo las náuseas, removi6 nerviosa aquella tierra negra, mezclada con gusanos blancos.

De pronto, al tropezar con algo, gimi6, porque ya sabía lo que iba a encontrar. Se puso de rodillas, y con un valor desesperado, introdujo las manos en el hueco, para apartar la tierra. Los gusanos, húmedos y blancos, se movían entre sus dedos, y cerró los ojos instintivamente.

Tocó al fin una cosa sólida. Dona tanteó, llorando sin cesar, a punto de desmayarse, tanto por el «dolor que entonces sentía, como por el aire irrespirable.

Era una cabeza, sí. Sentía el cabello mezclado con la tierra. La cogió con las dos manos, levantándola lentamente.

La tierra caía a los lados, los gusanos huían. Dona abrió los ojos cuando la cabeza emergía de la tierra.

Vio un rostro carcomido. En el lugar de los ojos sólo quedaba una masa sanguinolenta apretada de gusanos. El hueco aparecía entre la espantosa podredumbre, y de la boca, sin labios, de entre los dientes apretados, surgían otros gusanos.

Dona, aun así, lo reconoció enseguida. Era su hermano.

—¡Lewis!

Soltó la cabeza, retrocediendo. Ahora gritaba alocadamente. Siempre sin dejar de gritar corrió hacia la escalera, donde unos brazos fuertes la sujetaron, la abrazaron casi con mimo.

PARECE que, al fin, encontró a su hermano, señorita Ronald. ¿No es así?

Dona gemía, encogiéndose entre aquellos fuertes brazos. Al oír la voz se apartó, porque sólo había pensado en el Comisario. Pero aquella no era su voz, sino la aguda voz de Nels Marlin. Era él quien estaba al pie de la escalera, sonriendo extrañamente. El Marlin de voz crispada y ojos sombríos. El hombre desquiciado que en el interior de la «Casa Gris» se transformaba en un loco furioso, fantástico y cruel.

—Déjeme salir. Déjeme salir de aquí —pedía Dona—. Le prometo no decir nada de cuanto he visto... ¡Por favor!

La sonrisa de Nels era una mueca.

—Demasiada curiosidad. Sí, es su hermano. Pero, no está solo. Este es el lugar que corresponde a quienes se atreven a decir que mi familia, mis padres, los niños, están muertos... ¡Somos una familia feliz y por eso nos envidian. Sepa que ellos no murieron en el escape de gas, y la prueba la tiene en que arriba están, muy felices!

—Sí, ya lo sé, recuerdo que ayer estuve con ellos, fue muy agradable, la fiesta de los niños, luego bailamos... Yo sé que ellos están vivos, señor Marlin.

Nels la miró con sorpresa. Se pasó una mano por la frente, con esfuerzo.

—Es cierto, usted los conoce, habló con todos, fue muy amable. Usted es amiga nuestra, no como su hermano, que se puso a gritar. O como ella, que parecía sentir miedo y asco de mi familia. Usted es nuestra amiga, es verdad. ¿Qué hacía? ¿Por qué ha levantado esas losas?

—Yo... sólo trataba... Trataba de...

Nels rugió.

—¿Acaso cree que estoy loco? ¡No saldrá de aquí, no debió excavar en el suelo, me enviarán a la cárcel, lo sé, no saldrá de aquí!

De un salto aferró la azada, alzándola. Dona pudo apartarse cuando la hoja de acero caía velozmente sobre ella.

Quiso escapar hacia la escalera, pero Nels le cerró el paso, riendo a carcajadas. Había llegado al clímax de su locura, ya no conservaba ninguna contención, ninguna lógica o patrón de conducta. Había roto la barrera que le transmutaba de hombre normal a anormal, cuando transponía la puerta de la «Casa Gris». Ahora era ya solamente un loco que deseaba matar, que disfrutaba ante la idea de matar, y reía y chillaba con una voz

casi femenina.

Golpeó de nuevo el aire con la azada, y Dona, ya sin fuerzas, escapó milagrosamente del terrible golpe que le hubiera hendido la cabeza. Al fin, quedó arrinconada en un ángulo, a punto de desmayarse.

El loco se puso ante ella. Se mojaba los labios con la lengua, la miraba con fijeza, como deleitándose en su acción, levantó la herramienta, cogido el mango con las dos manos.

Tras lanzar un grito animal, se dispuso a asestar el golpe.

Simultáneamente con aquel grito, se produjo una detonación violenta, que pareció sacudir el apestoso aire del sótano. Nels se encogió, aferrado a la azada. Continuaba mirando a Dona, continuaba intentando el golpe.

Otra detonación, y Nels rugió sordamente, empezando a girar. De pronto, cayó de bruces a los pies de la mujer.

Dona permanecía quieta. Esta vez no corrió hacia la escalera en busca de protección. Pero los brazos de un hombre se tendieron hacia ella. Oyó su voz.

—¡Dios mío, Dona sal de aquí, menos mal que llegué a tiempo! ¡Esto es un infierno, vi la escena de la sala, y ahora esto! ¡Vamos, sal...!

Dona se desmayó, y la alzarón del suelo.

* * *

Dona aguardaba, sentada en el coche del Comisario. Otros coches habían llegado ante la casa, y algunos hombres entraban y salían de ella. Luego vinieron ambulancias y fotógrafos, y algunos curiosos que los policías se apresuraron a despedir rápidamente.

Dona estaba muy pálida, arrebujada en una chaqueta que el Comisario le había dado. Parecía una niña desvalida, y cuando el Comisario entró en el coche, pensó que le gustaría cuidar de ella para el resto de sus vidas, y así se lo dijo mientras la besaba.

—Has pasado por una experiencia horrible. Dona, yo procuraré que lo olvides. ¿Quieres?

Ella sonrió, asintiendo. Miraba la bella casa de piedra gris, y el Comisario comentó.

—Realmente, los fantásticos tenían razón. La casa provoca la locura. Primero aquel pobre enamorado que enloqueció. Después la mujer que temía por la virtud de sus hijas, y que deseaba destruir a cuantos se acercaban a ellas. Ahora Nels Marlin, un hombre amable, cariñoso, amante de los suyos...

—Nels enloqueció por eso, por amar mucho a su familia, —dijo Dona—. Ahora pienso que la casa nada ha tenido que ver. Una fuga de gas mató a la familia, él los encontró a todos muertos en la sala, y el dolor lo volvió loco. Sin duda, se negó a aceptar la

realidad. Eso fue todo. Los embalsamó con algunos conocimientos rudimentarios, y continuó viviendo, hablando con ellos, como si nada hubiera pasado. No sé cómo pudo ocultarlo durante tanto tiempo. Su locura era progresiva, se hacía violento cuando alguien quería hacerle ver que sólo le rodeaban cadáveres...

El Comisario murmuró:

—Pero nadie verá este asunto tan sencillamente, Dona. Para todos, será obra de la maldición de la casa, de su poder maligno. De una forma u otra, la casa encarnará las fuerzas del mal, capaces de enloquecer siempre a uno de quienes la habiten. Solamente a uno, al elegido.

Los cadáveres enterrados en el sótano iban a ser trasladados en primer lugar al depósito judicial. Dona volvió a llorar cuando sacaron el ataúd de su hermano. Lloraba sobre el pecho del hombre al que ya amaba.

Luego se fueron marchando furgonetas, ambulancias, coches de la policía. Finalmente, un empleado judicial cerró la puerta de la casa y puso en ella un sello. En la explanada sólo quedaba el coche ocupado por el Comisario y por Dona.

—Bien. No volverás por aquí, Dona. ¿Todavía miras la casa? Olvídala. Se buscará a algún lejano heredero de los Marlin. Pero, de cualquier modo, después de lo que ha sucedido en ella, nadie querrá ocuparla. No, nadie querrá que uno de los suyos enloquezca. Esta casa quedará vacía para siempre, hasta que el abandono la destruya.

El último de los coches se alejó al fin de la gran casa gris.

CAPÍTULO 11

LA «Casa Gris» era demasiado sólida para desmoronarse rápidamente. Dos años más tarde permanecía igualmente espléndida, aunque el abandono la había deteriorado un poco.

Nerviosos muchachos que escapaban a la carrera de la casa maldita, rompieron a pedradas los cristales. Jirones de cortinas asomaban por entre ellos, y el polvo y la lluvia penetraban en las habitaciones, envejeciéndolo todo.

El jardín nunca estuvo cuidado, pero ahora nadie cortaba el césped y parecía una pequeña selva. Un vendaval había arrancado un canalón, dejándolo colgando sobre la fachada principal y, cuando hacía viento, lo balanceaba golpeando las ventanas.

Los actuales dueños, optimistas en verdad, habían colocado un gran anuncio dando cuenta de su deseo de venderla como verdadera ocasión. Pero ellos mismos nunca se habían atrevido a entrar en la casa, y mucho menos a pasar una noche en ella.

La casa se estaba conviniendo en el gran fantasma de Brea

Canyon, en la gran leyenda, hasta tal punto, que los padres recomendaban a sus chicos que no se acercasen allí para nada.

En dos años sucedió todo eso. Naturalmente, el camino de grava, cubierto por las hierbas, había dejado de ser usado por coche alguno.

Pero un atardecer sucedió algo insólito. Un roncar de motores se iba acercando a la casa abandonada. Motores bastantes ruidosos, por cierto. Al fin, por el camino aparecieron dos vehículos. El primero era un viejo «jeep», procedente de subastas militares. El segundo, un no menos viejo «Volkswagen». Los dos vehículos cubiertos de mataduras, tenían algunas partes de su carrocería sujetas con alambres, y estaban pintados en colores brillantes, el uno imitando la piel de cebra, el otro con cientos de ojos muy abiertos.

Los dos arrollaron las hierbas y se detuvieron ante la casa. Un joven saltó al suelo. Vestía vaqueros y una camisa sucia. Miró la casa y luego se acercó a la puerta. El sello judicial había desaparecido.

—¿Qué os parece, chicos? ¡Está completamente abandonada, una reliquia de los grandes tiempos!

Bajaron otros jóvenes. Eran tres hombres y tres mujeres. Ellas parecían pioneras del Oeste, grandes botas, largos vestidos con los bajos desgarrados, collares indios.

—¡Oh, es como un gran mausoleo! ¿Qué clase de momias habrían vivido aquí?

Otro tanteaba la cerradura.

—Oye, eso es allanamiento de morada.

—Aquí no mira nadie. ¿Es que no os gustaría pasar una temporada en una casa como ésta? Podríamos dedicarnos con calma a trabajar, para tener un surtido antes de seguir...

—Yo me muero en esta soledad —le interrumpió una de las chicas.

—¿Soledad? ¿Y yo qué, preciosa? —dijo un joven, besándola con burlona pasión.

Reían continuamente. El de la cerradura insistía en su intento y la puerta fue abierta fácilmente.

—Sin forzarla. Decidme: ¿Qué impide a unos viajeros desamparados refugiarse aquí?

Entraron en el gran vestíbulo. No había luz eléctrica, pero esto no les importaba. Tenían sacos de dormir y luces de gas. Riendo y chillando, recorrieron la casa, y cuando se hizo de noche, encendieron sus pequeñas lámparas, que lanzaban sombras por todos lados.

—¡Es como los decorados de las películas de terror!

Ellos no le temían a nada. Se instalaron en la sala, tirados en los polvorientos divanes, y comieron de sus provisiones.

* * *

Los seis habitantes de la carretera, eran hormiguitas a veces. Necesitaban ganar dinero, aunque fuese poco, para comer, para la gasolina que les permitiría recorrer millas y millas, sin destino determinado.

Hacían objetos de cuero, vagamente indios. Carteritas, adornos con abalorios, y cosas por el estilo. Sentados en el suelo, al sol, ante la casa, trabajaban entre bromas, fumando sin parar. Uno de ellos pintaba horrendos retratos de los héroes de la canción «country» sobre trozos de piel. Era el «artista» del grupo, y decidió que prefería trabajar dentro de la casa.

—Hay buena luz en esta sala; puedo sujetar la piel en aquel trasto y trabajar más cómodamente.

Clavó la piel en un magnífico mueble de caoba. Luego puso los botes de pintura sobre una butaca, salpicándolo todo. Tenías unas plantillas que pasaba a la piel de varios brochazos. Después terminaba el retrato de cualquier cantante de moda, de memoria, con mucha pintura aplicada con espátula.

Silbando despreocupadamente, el joven pasó la primera plantilla.

—A ver cómo queda este imbécil que canta como un sapo —dijo.

Tomando la espátula, puso porciones de pintura en una tabla, y empezó a aplicarla. Eran colores claros, chillones, como gustaban a las enamoradas señoras que adoraban a aquellos cantantes.

De pronto se detuvo, como dudando. Su rostro se hizo sombrío. Miró en torno suyo. Luego, actuando con rapidez, tomó color negro, y lo extendió por el fondo. Pintaba velozmente, negros, ocre, y algún rojo. La espátula se movía con agilidad, extendía, perfilaba, salpicaba la pintura.

El joven estaba abstraído, concentrado. No advirtió que alguien había entrado en la sala. Hasta que exclamaron.

—¡Rony! ¿Qué es esto? ¿Qué clase de horror estás pintando? Rony se volvió, sujetando la espátula. Miraba a la muchacha como si nunca la hubiese visto.

—¿Qué dices? —gruñó.

Ella estaba pálida.

—Ese no es un cantante. Es algo... Algo espantoso, esa cara, es como un monstruo, Rony. Nunca has hecho una cosa así. Los ojos... son malignos, es como si toda la maldad del mundo estuviera en esos ojos. Por favor, Rony... rómpelo, no sigas, tengo miedo. Tú nunca has pintado de ese modo, no sé lo que eso

representa, pero me da miedo...

Rony se puso rojo. Los ojos le ardían. Entre dientes, dijo:

—Es un autorretrato. Y creo que es muy bueno. Sé perfectamente cómo soy. No me veo como un monstruo, querida.

Ella gritó:

—¡Estás loco! ¡Eso es lo que te sucede! ¡Me estás dando el peor viaje de mi vida!

Rony la cogió con la mano izquierda, por las ropas, sacudiéndola fuerte.

—¡No vuelvas a decir eso! —amenazó—. ¿Oíste? ¡No vuelvas a decirlo!

—¡Estás loco! ¡Estás completamente loco! —repitió ella.

La mano derecha de Rony se movió velozmente, y la ancha hoja de la espátula fue a hundirse en el cuello de la muchacha, certeramente.

Sus ojos se abrieron espantados y quedó quieta, sin resistirse. Rony, con la mirada que plasmara en el retrato, movió la hoja, de un lado a otro, y la sangre brotó con fuerza del cuello degollado de la muchacha.

Entonces ella lanzó un largo y sostenido gemido. El hombre la soltó, apartándola, mientras la sangre continuaba brotando del cuello desgarrado de la joven.

Fuera, alguien ya preguntaba:

—¡Eh, ¿qué sucede ahí dentro?! ¿A qué estáis jugando? ¿Os ha pasado algo?

Rony soltó la espátula, cubierta de sangre, dando unos pasos hacia la puerta de la sala. A la derecha estaba la chimenea. Sin dudar, Rony cogió un pesado atizador y lo alzó resuelto.

Ahora su rostro era en verdad tan horrible como el del retrato. Parecía transformado. ¡Tenía la misma diabólica mirada que Nels Marlin, cuando llegó al final de su proceso!

El joven se apartó un poco, sonriendo astutamente. Sí. Quizá era el rostro del diablo el que se había superpuesto al suyo. ¿O era tal vez el espíritu de la maldad, que de verdad, se encontraba en la casa?

Gritaban desde fuera, en el vestíbulo.

—Oye, Rony, contesta de una vez, di lo que sucede...!

Un joven se acercaba. Iba a entrar en la sala. Su pierna derecha avanzó hacia el hueco de la puerta.

Rony bajó el atizador, con furia, apretados los dientes, y en un instante, la cabeza del joven quedó destrozada.

Inmediatamente, Rony apartó el cuerpo, alzando el arma, para asestar un nuevo golpe. Otro de sus compañeros se acercaba. Repitió el ataque, una y otra vez. Era una masacre silenciosa y

terrible...

A lo lejos, en la carretera, un coche se había detenido. Y alguien señalaba unos tejados que se alzaban sobre los árboles, comentando al tiempo.

—La «Casa Gris». Dicen que tiene una especie de maldición, que sus habitantes enloquecen. ¡Qué tontería, ¿verdad?!

—Naturalmente que es una tontería. ¿Quieres hacer el favor de seguir, y no perder más tiempo en fantasías?

—Sí, querida. Lo que tú digas...

F I N



BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

A REENCARNACION.
UTERO.
A NIGROMANCIA.
RACULA.
RUJOS E ILUMINADOS.
N TRANCE.
AS HUELLAS DE
A MALDICION.
HISTORIA DE LA C.I.A.
A PENA DE MUERTE.
AMPIRISM.
UEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU.SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.
EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

3401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

MIAMI 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.